

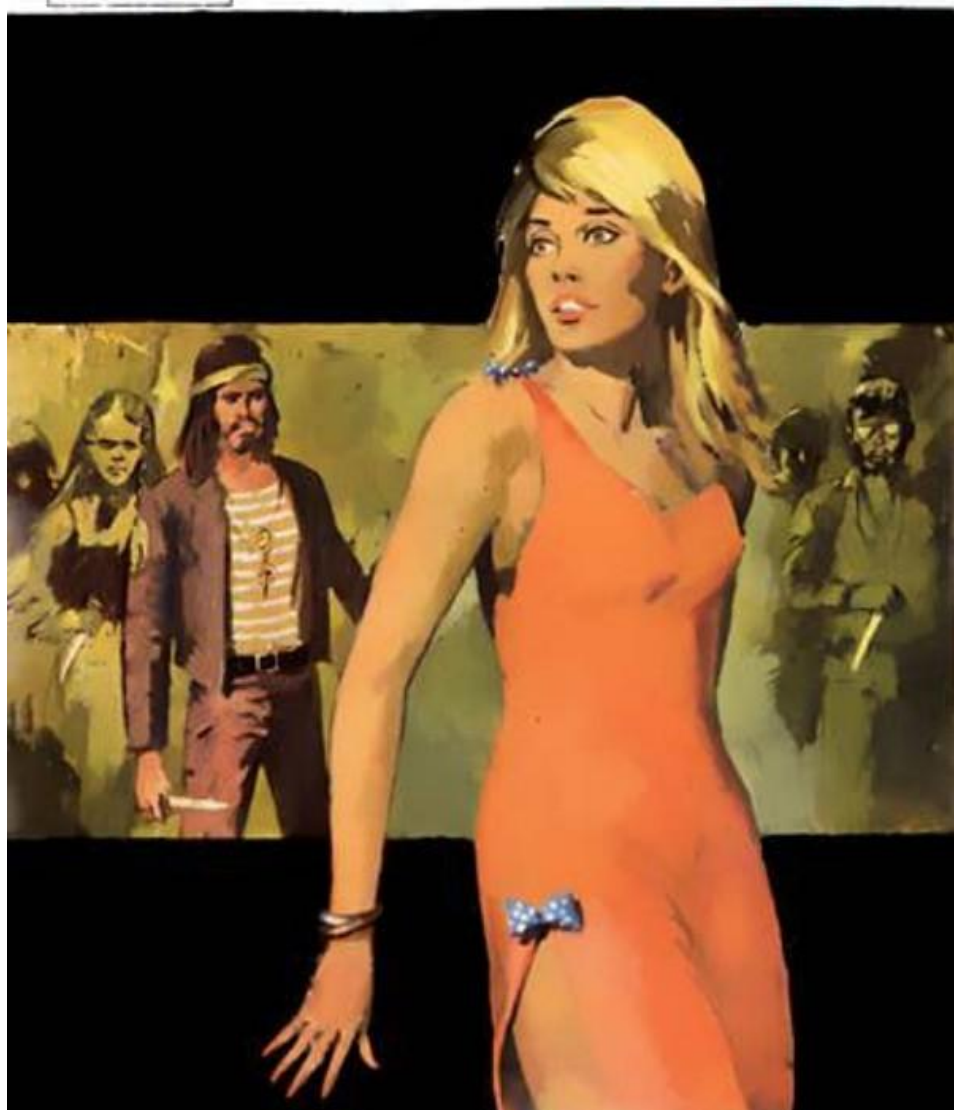
BOLSILIBROS: BRUGUERA

PUNTO

ROJO

seguiremos la lucha

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



FRANK MCFAIR

**SEGUIREMOS
LA LUCHA**

COLECCIÓN PUNTO ROJO n.º 524

Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal: B. 7.381 – 1972

1.^a edición: mayo, 1972

Impreso en España-Printed in Spain

© FRANK MCFAIR - 1972

texto

© ENRIQUE MARTÍN - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.223—: Siete sillas de montar.

En Colección PUNTO ROJO:

518 — Deuda de juego.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.132 — Si algo me ocurriese...

En Colección BRAVO OESTE:

530 — Solo una india muerta.

En Colección KANSAS:

697 — Allí, donde el oro brilla.

En Colección CALIFORNIA:

769 — Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628 — De una misma sangre.

En Colección BÚFALO:

947 — La lámpara de Aladino.

En Colección COLORADO:

718 — Los Donovan presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

65 — Traven, un hombre duro.

CAPÍTULO PRIMERO

LA oscuridad era casi absoluta.

A veces, el relámpago pintaba sobre el cielo una deslumbradora raya quebrada. Luego, volvían las tinieblas.

Allá abajo, en la cañada, una pequeña hoguera lanzaba al viento débiles llamas cada vez que uno de ellos echaba sobre el fuego un puñado de ramitas. Hacían «pfff» y el humo danzaba.

—¿No es la hora?

—La hora no es aún.

—Y siento en mí los círculos concéntricos. Miradme. Yo soy un puro círculo concéntrico. El centro de círculos concéntricos.

De vez en cuando, un cuerpo aparecía en el claror de las llamas. Un cuerpo casi desnudo. Un brazo, un trozo de cara barbuda o los inmensos ojos de una mujer.

—¿No es la hora?

—La hora no es aún. No llegó aún.

Alguien acercó una ramita encendida a un cigarrillo.

—Un puro círculo concéntrico que se ensancha hasta el infinito...

Una carcajada que convulsionaba los cuerpos. Una risa estúpida, inacabable.

—Dame otro petardo.

—No me quedan.

—Entonces ya es la hora.

Una de las figuras se puso en pie. Se retorció extrañamente convulsionada. Era una mujer. Llevaba solo un faldellín que dejaba al descubierto sus muslos redondos, y un pañuelo atado al pecho.

Dos ojos enormes alucinados miraban hacia el sombrío cielo. A la luz de los relámpagos era como un árbol bajo el viento, un árbol de carne y músculos suaves.

Otra figura se le unió. Un hombre alto, con un pañuelo atado en la cabeza, y una barba negra que le llegaba hasta el cuello.

—¿Es la hora?

—La hora es. En marcha, hermanos.

Los seis cuerpos se alzaron de junto a la hoguera. Uno de ellos pisó esta con la bota y esparció las ascuas.

Una, dos gotas, tres, cayeron entre los árboles mientras los relámpagos seguían trazando sus rúbricas en el cielo caliginoso.

Los seis cuerpos salieron de la cañada en fila india. Ante ellos se extendía una pequeña pradera reseca que ahora comenzaba a humedecerse con las primeras gotas de la lluvia.

Siempre en fila, uno a uno, los seis cuerpos atravesaron la pradera y se introdujeron en el pequeño bosque de naranjos. Sus cuerpos se fundieron entre los troncos cortos y las hojas oscuras.

El hombre de la barba se paró al llegar al final del bosque. Dos ojos oscuros, bajo frondosas cejas, examinaron atentamente el terreno abierto que se extendía ante él. Allá, al fondo, brillaban varias luces.

—Esperadme aquí, hermanos —dijo.

Caminó encorvado ligeramente, tambaleándose. Cuando llegó ante la casa, se detuvo en los escalones del porche coronado por un frontis clásico.

Se alzó e hizo una seña. Los otros cinco se le unieron. Eran tres hombres y dos mujeres.

—Este es el sitio y esta es la hora —dijo el hombre de la barba—. Hermanos, ahí, ahí dentro está lo que buscamos. Matad.

—Matad —dijo una mujer.

—Matad. Matad, matad.

Una ráfaga de lluvia se llevó las palabras.

* * *

Mirabel acababa de dormirse. El somnífero terminó por hacer su efecto y había cerrado sobre ella una cortina oscura. Poco antes de dormirse había mirado el reloj, sobre la mesilla de noche, de laca blanca. Las dos y media. «En este momento, ese maldito Dole estará ahora con esa buscona. Estarán bebiendo, abrazándose, los muy

cerdos...»

Los muy cerdos, los muy cerdos... y luego la cortina de sueño había caído misericordiosamente sobre ella.

En el piso bajo, Opal estaba dormida, pero ella no había necesitado somnífero alguno para conseguirlo. Su cuerpo joven, negro, descansaba tan naturalmente como andaba, se movía o comía. Era fuerte, trabajaba bastante y cuando llegaba la noche, dormía.

Despertó en la semioscuridad. ¿Ruido? ¿La lluvia en los cristales? No podría decirlo. Solo que despertó. Su mano oscura se alargó para encender la luz, sobre la mesilla de noche.

Miró el reloj. Las tres menos cuarto. En efecto, la lluvia golpeaba en los cristales.

La negra estaba cubierta solamente por la sábana. Aún esa prenda ligera le daba calor en la noche ardiente.

Ansiosa de un poco de fresco, saltó de la cama y, desnuda, como una estatua de ébano, fue hacia la ventana y la elevó hasta los topes.

Asomó la cabeza y el pecho y sintió las gotas de lluvia en la piel. Y entonces le vio.

Estaba allí, a su lado, casi tocándola. Una faz barbuda, a la luz del relámpago, con una tira de tela arrollada en la frente.

Opal lanzó un grito de sorpresa y de temor. Dos manos salieron de la oscuridad y la cogieron por el cuello. El grito se convirtió en un gorgoteo ahogado.

Luego, las manos la empujaron hacia atrás, y cayó a tierra, llevándose las manos a la garganta, aturdida.

No volvió a gritar. La figura apareció en la ventana, saltó al interior y caminó hacia ella. En sus manos brillaba un cuchillo largo y ancho.

Opal giró sobre sí misma, tratando de ponerse en pie, de arrodillarse al menos, huir de aquella figura de pesadilla que se le echaba encima.

Vio los dientes del hombre brillar entre la barba, en una mueca de carátula. Vio la mano armada del cuchillo alzarse en el aire y luego el dolor llegó hasta ella. Un dolor lacerante, abrasador.

La estancia se había llenado de sombras. Todas se inclinaron sobre el cuerpo de la negra caído en el suelo, y todos hundieron en

él sus cuchillos.

—Mata, mata, mata...

Era como una salmodia.

El hombre de la barba se irguió.

—Arriba —dijo—. Arriba, hermanos.

Subieron la escalera de madera de roble, que apenas hizo ruido bajo sus pies. Las caras tensas, los ojos fijos, los ademanes un poco mecánicos.

Fue el hombre de la barba negra el que abrió la puerta de la habitación. Bajo la luz indirecta de encima de la cama, el cuerpo de Mirabel permanecía quieto, aplastado por el somnífero. Las seis figuras convergieron hacia la cama.

Mirabel despertó. Su cabeza era un horno. Apenas sabía dónde estaba. El barbitúrico convertía su cerebro en humo. Sintió algo en su brazo, y lo movió para apartar lo que fuera. Pero «lo que fuera» permaneció allí. Apretándose dolorosamente. El dolor llegó a ella a través de la niebla del fenobarbital.

«Algo ocurría», llamaba una campanita en su mente. Algo ocurría, algo que no estaba en su lugar. Las cosas habían cambiado. ¿Dole? ¿Había llegado Dole?

—Dole... —dijo.

Y el dolor la hirió. En el pecho, en un hombro, en el vientre...

Alrededor de la cama, seis cuerpos se alzaron, los brazos hacia el techo.

—Mata, mata, mata...

* * *

Blake Ketchum se abrió paso entre el grupo de hombres que había en el vestíbulo. Un tipo alto, corpulento, de gran barriga, le salió al paso.

—Informe, sargento —dijo Ketchum.

—Dos cadáveres, teniente. La criada negra y la dueña de la casa.

—Eso ya me lo dijo por teléfono. Lléveme.

El sargento le precedió. Una puertecita, casi bajo la escalera, daba paso al dormitorio de la negra. Había tres hombres en él.

Ketchum caminó hasta el cuerpo caído sobre la alfombra, cerca de la ventana. Alguien lo había tapado con una sábana.

Ketchum alzó esta y miró. Hizo un gesto.

—Hemos contado diecisiete —dijo uno de los hombres siguiendo

su mirada—. Diecisiete puñaladas, teniente.

—¿Qué ha dicho el doctor?

El sargento se encogió de hombros. Poco había que decir.

—¿El otro cuerpo también?

—Quince.

—La dueña de la casa es la esposa de un productor, ¿no?

—Sí, teniente. De Grantland.

—¿Dónde está él?

—Arriba.

—Vamos allá.

El dormitorio de Mirabel parecía haber sufrido un tifón. Todo estaba revuelto. El cuerpo, caído en la cama, casi de través.

Ketchum se aproximó. La mujer de Grantland era una rubia de unos treinta y cinco años. Muy bien formada, aunque un poco gruesa.

Un hombre se separó de la ventana. Cincuenta años, perfectamente conservados, pelo oscuro con sienes plateadas no del todo naturales, y ojos grises.

—¿Es usted el encargado de la investigación? —preguntó.

—Por el momento, sí. ¿Míster Grantland?

—Sí. Teniente, esto no puede ser sino obra de un loco... ¡Un maldito loco, no hay otra explicación!

—Parecería que sí, a primera vista —respondió Ketchum secamente—. ¿Robo?

—Ya hemos mirado aunque solo por encima —respondió el sargento—. No parece que haya sido esa la causa. Las joyas de la señora están en esos cajones. Y hay un buen puñado de dólares en ellas.

—Tengo una caja fuerte pequeña en mi despacho —dijo Grantland airadamente—. De ella ha desaparecido una cantidad de dinero.

—¿Cuánto?

—No lo sé bien... Tal vez doscientos dólares.

—No parece mucho. ¿Cuánto valían las joyas de su mujer?

—Oh, no lo sé. Quizá... unos cien mil dólares.

Hubo un silencio, mientras el médico terminaba con el cuerpo. Pasó junto al teniente.

—Le daré mi informe tan pronto como pueda. Que lleven los

cadáveres al hospital.

—Haga la autopsia cuanto antes, doctor, aunque me parece que poco más que eso vamos a sacar. ¿Cuántas puñaladas?

—Quince. Cuchillos grandes y largos.

—¿«Cuchillos», ha dicho, doctor?

—Creo que sí. Se lo aseguraré más tarde. Pero creo que han sido varios.

—Diantres, eso cambia la cosa. ¿Eran varios, entonces?

—Puede sacar la conclusión que quiera. Pero no antes de que le demos el informe de la autopsia, ¿quiere?

—Por supuesto.

Grantland estaba de nuevo ante la ventana, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Dos hombres, a su lado, le miraban preocupadamente.

—Míster Grantland, supongo que estará muy afectado, pero, ¿podría contestar a algunas preguntas? Si no le parece que es el momento apropiado, podemos dejarlo para más tarde.

—Contestaré a lo que sea. Por Dios, bendito Dios, estoy como... Esto es como un mazazo en la cabeza.

Sacó un cigarrillo. Dos encendedores se le ofrecieron solícitamente.

Ketchum miró a los dos hombres que encuadraban a Grantland.

—¿Amigos? —preguntó.

—Colaboradores —respondió el productor cinematográfico—. Yo, este... vamos a salir de aquí. No puedo más.

—Debe dejarlo hasta más adelante, míster Grantland —dijo uno de sus hombres—. Por Dios, debe dejarlo para cuando esté más tranquilo.

—Estoy tranquilo... Oh, por Dios. Vamos afuera.

Bajaron al despacho de Grantland. Este se acercó a una rinconera y la abrió. Un bar bien provisto se ofreció a la vista de los demás.

Se sirvió un whisky con mano temblorosa. Preguntó al teniente con la mirada y este movió la cabeza negativamente. Los otros dos se sirvieron.

—¿Les importaría dejarnos solos? —preguntó Ketchum.

Miraron a su patrón. Este asintió.

—Míster Grantland, se han cometido dos crímenes brutales.

¿Sabe de algún motivo para ello?

—¿Yo? Por Dios, ¿qué motivo puede haber? ¿Un ladrón, unos ladrones, qué sé yo? Tal vez mi mujer les sorprendió, u Opal, y ellos las mataron.

—Tal vez. ¿Tenía su esposa algún enemigo? ¿O usted?

—¿Mi esposa? No lo creo. No, por Dios. Yo... es algo distinto. No se llega a donde yo he llegado sin enemigos. Pero me atacan de otra manera, no de... ese... modo...

Parecía haberse descompuesto. Se dejó caer en el sillón, temblando.

Ketchum salió. El doctor estaba en el vestíbulo hablando con otro hombre.

—Doctor, ¿podría darle un calmante a Grantland?

—Sí. Voy a verlo.

Examinó al productor. Le tomó el pulso y le miró a los ojos.

—Míster Grantland, ¿quiere ir a un hospital?

—No, no, por Dios. No quiero hospital. Yo... deme algo que me calme, pero nada de hospitales.

El doctor abrió su maletín, buscó en él y le alargó unas pastillas.

—Tome una cada dos o tres horas. No más. Le calmarán. Hasta luego, teniente.

—Dejaremos esto para más tarde, míster Grantland —dijo Ketchum—. Mientras, trate de calmarse. Supongo que no se quedará en la casa.

—Yo... no, tengo un apartamento en Los Ángeles. Allí me quedo cuando se me hace demasiado tarde en la ciudad para volver aquí. Si anoche hubiera venido, tal vez esto... no hubiera sucedido.

—O estaría usted como esas dos mujeres, acibillado a cuchilladas. Dice usted que ningún enemigo. ¿Han sufrido algún asalto en otra ocasión?

—Una vez, hace cinco años. Intentaron robarme un cuadro.

—Supongo que no tendría la numeración de los billetes de Banco.

—Claro que no.

—¿Ha mirado si falta alguna de las joyas de su mujer?

—No... Bueno, me preguntó el sargento. Yo... Dios bendito, creo que está todo.

Bebió otro trago. El teléfono sonó, pero lo cogió el teniente.

Se trataba de un director cuyo nombre había visto muchas veces en las carteleras y en los periódicos. Preguntaba si había algo nuevo. Grantland habló con él.

Ketchum salió. El sargento se le reunió.

—Uno de los técnicos dice que ha visto manchas de tierra en la escalera.

—Llovió hasta las cuatro —dijo el teniente—. Busquen por el parque y los alrededores. Tal vez encuentren alguna huella. ¿Oyó lo que dijo el doctor?

—¿Lo de varios cuchillos?

—Sí.

—Den una batida. Yo voy a Jefatura.

A mediodía comenzaron a llegar los informes. Habían encontrado diversos grupos de huellas, todas ellas borrosas, y debajo de la ventana de la negra, una pisada de la que habían sacado molde. Era la de un pie humano, desnudo.

Y la autopsia. La mujer de Grantland tenía en el estómago fenobarbital suficiente como hacerla dormir durante dos días, a no ser que fuera adicta. Ninguna de las dos había sido violada. Y por último, lo más interesante. Habían sido varios cuchillos de distintos tamaños los que habían cometido el crimen.

«Varios cuchillos», pensó Ketchum.

Luego llamó a los archivos y pidió que le llevaran lo que supieran acerca de Grantland y de su mujer, así como sobre la vida de la negra Opal.

Fue el sargento quien le llamó primero.

—Teniente, hemos encontrado algo interesante. Un grupo de personas acampó en un pequeño valle boscoso, junto a la propiedad de Grantland. Hay un montón de huellas. Pero venga para acá, si quiere.

Claro que quería. Lo que el sargento quería mostrarle eran puntas de cigarrillo, mojadadas, huellas de pies y los restos de una pequeña hoguera.

—Una de las huellas de pies coincide con la que encontramos bajo la ventana —dijo el sargento.

Ketchum le miró fijamente.

—Esos cigarrillos, ¿son de tabaco? Están demasiado mojadadas las puntas.

—Yo juraría que no son de tabaco —replicó el sargento.

—Que los analicen.

No lo eran. Se trataba de cigarrillos de marihuana. Ketchum ordenó que peinasen a fondo el bosquecillo. A las siete de la tarde sabían bastante más. Un grupo de personas, cinco o seis, habían acampado en el arroyo, y habían caminado después hacia la casa. Ketchum habló con su jefe, el comisionado de Beverly Hills.

—La cosa se va aclarando, señor. Ya hemos ordenado una batida en regla. Va a ayudar la oficina del sheriff de Hollywood.

El comisionado encendió un cigarrillo, pensativo.

—Ketchum, diga la verdad, ¿no le suena esto como algo parecido a lo de Sharon Tate?

—No lo sé, señor. La oficina del sheriff dice que han visto varios grupos de hippies o de sectarios de algo parecido a la Alegría de la Vida, en los alrededores. Les están buscando.

—¿Ha vuelto a ver a Grantland? No hace más que telefonear al gobernador pidiéndole que se haga justicia.

—No, no le he visto —respondió secamente Ketchum.

El comisionado conocía a su hombre desde hacía siete años. Habían comenzado juntos en la Escuela de Policía.

—¿Ocurre algo, Ketchum? —preguntó.

—Nada que afecte a la investigación. Es algo subsidiario.

—¿Qué?

—Se trata de Grantland. Al parecer estaba tratando de divorciarse de su esposa.

Miró al rostro de su superior. Este permanecía inescrutable.

—¿Lo sabía usted, señor?

—Había oído algo, en efecto, pero no investigamos casos de divorcio.

—No, desde luego. Pero lo que quizá no sepa es que tenía una querida.

—No, no lo sabía. Pero eso...

—Lo sé, señor, no afecta a la investigación. Esta era la tercera mujer de Grantland. De la segunda tuvo un hijo. Todo esto, señor, es del dominio público. Esos magnates del cine no tienen vida propia.

—Ketchum, me parece que está usted dando demasiada importancia a cosas que solo la tienen en las revistas

sensacionalistas y en la publicidad.

—Es posible. La mujer asesinada se negaba a separarse de su marido. Los abogados andaban a la greña. Al parecer, las cosas se han solucionado por sí mismas.

—¿Qué quiere usted decir, Ketchum?

—Solo eso, señor. Como le dije, era investigación subsidiaria.

—Pues tómelo como tal, Ketchum.

—Conforme, señor.

Aquella misma noche, los hombres del sheriff de Beverly Hills detuvieron a un individuo, dopado de marihuana, que dijo que en uno de los barrios de cabañas de lata en Ranchito había un grupo de hombres y mujeres peleando. Los hombres del sheriff fueron allá y detuvieron a seis personas, hombres y mujeres. Estaban en la comisaría y tres de ellos iban descalzos.

Ketchum viajó hacia Ranchito en su coche oficial, junto con el sargento y dos técnicos.

El grupo ofrecía un aspecto lamentable. Las dos mujeres eran muy jóvenes, y tres de los hombres, también. El sexto era un individuo alto, hercúleo, y de barba negra. Todos ellos, según le dijo el médico a Ketchum, estaban hasta el cuello de L.S.D, y de marihuana. También habían bebido alcohol.

Ketchum miró a uno de los técnicos y le indicó los pies descalzos. El técnico les sacó moldes de las plantas de los pies. Pero al llegar a uno de los hombres, el de la barba, vaciló ligeramente.

—Espere, teniente —dijo.

Sacó algo de la maleta: el molde de la huella aparecida en el suelo bajo la ventana de la habitación de Opal.

Cogió el pie del hombre y lo colocó sobre el molde.

—¿Sí? —preguntó Blake Ketchum.

—Teniente, no hay duda alguna. Mire esa señal en la planta.

La miró. Había una réplica igual en la sucia planta del pie del hombre. Y las dos ajustaban perfectamente.

—Creo que ya hemos dado con ellos —dijo Ketchum—. Sargento, esos tipos no están en condiciones de ser interrogados. Llénalos a Los Ángeles y que duerman a gusto. Mañana hablaremos con ellos. Cuando se hayan limpiado algo de la droga.

CAPÍTULO II

EL hombre de la barba negra se llamaba Raoul Alakuf. Sentado en el banquillo, sin su cinta en la cabeza y vestido con un traje castaño y una camisa azul, no parecía peligroso. Solo cuando se miraba fijamente a sus ojos se descubría algo salvaje en ellos. El fiscal no tuvo necesidad de acorralarlo. Se acorraló él solo.

Primero negó toda participación en el asunto. Luego se desmintió asegurando que uno de sus compañeros había sido quien decidió matar a las mujeres. Luego volvió a negarlo y por último dijo que una vaga entidad a la que se refirió varias veces, la Gran Presencia, como la llamaba, les había ordenado acabar con las vidas de aquellas pecadoras.

—¿Pecadoras o pecadora? —preguntó el fiscal.

—Este... Esa mujer, hundida en el vicio y en la prevaricación.

—¿Se refiere usted a mistress Grantland?

—A la mujer blanca, me refiero.

Los psiquiatras acudieron al ataque y a la defensa, llamados por el fiscal y por el abogado defensor de Alakuf. Los primeros dijeron que Alakuf era un simulador, un comediante. Los segundos, que un loco peligroso «al parecer», pero loco. Un demente irresponsable.

El golpe de efecto del juicio, que duró veinte días, lo dio una de las muchachas. Parecía haberse recuperado y durante toda la vista permaneció como aterrada. Alakuf la había obligado a tomar drogas, dijo. Y Alakuf les había llevado a cometer el crimen. Alakuf y el Otro.

—Espero que no se referirá usted a la Presencia —dijo el fiscal.

—No lo sé —respondió la muchacha—. Él siempre le llamaba el

Otro.

Ketchum le pasó una nota al fiscal. Aquello podía costarle el puesto, y tanto él como el fiscal lo sabían. Era ilegal y anticonstitucional encaminar al fiscal en pleno juicio, pero ambos lo ignoraron, y el juez no se enteró.

—¿Siempre le llamó el Otro? —preguntó el fiscal.

—Siempre le oí llamar así —respondió la joven, retorciéndose las manos.

Se llamaba Constance Betridge. Sus padres estaban en la sala, un matrimonio envejecido, tembloroso, que aseguraban a todo el mundo ignorar que su hija se juntaba con aquellos tipos. Bastaba verlos para saber por qué su hija lo había hecho. Bebían ambos como esponjas y parecían más afectados por el qué dirían sus amistades que por lo que pudiera ocurrirle a la chica.

Lo que sí se demostró a lo largo del juicio es que Alakuf era el dominante en el grupo, el gallo en el gallinero, que las dos chicas eran sus amantes y que los otros tres hombres obedecían ciegamente lo que él les ordenaba. Y que se dopaban, bebían y adoraban a su propia divinidad, la Gran Presencia, a la cual se le rendían honores bajo la forma de «viajes» con L.S.D, y con el sacrificio de pájaros y animales domésticos. Incluso una vez sacrificaron un ternero.

Alakuf fue condenado a pasar a una institución psiquiátrica, y los otros condenados a penas que variaban desde los quince a los diez años. Todos, menos Alakuf, habían acabado por confesar que estaban demasiado empapados por la droga para saber lo que sabían.

—¿Por qué me ha hecho preguntar eso, Ketchum? —preguntó el fiscal, mientras tomaban una cerveza esperando la decisión del jurado.

—La verdad es que lo ignoro, Otis —fue la respuesta—. Pero me gustaría saber si ese Otro era la Gran Presencia y si todo eso tiene algún significado fuera de la calentura de la droga.

Volvieron a entrar en la sala para escuchar el veredicto. Ketchum miró a su alrededor. Él ya podía haberse marchado, pero algo le retenía allí, algo que no hubiera podido explicar.

Escuchó el veredicto y la sentencia y salió. El aire cargado, venenoso, de Los Ángeles le azotó en la cara y envidió a hombres

como Grantland que podían vivir en las alturas donde el aire no está contaminado, al menos no tanto como allá abajo, entre la niebla y el humo.

El sonido de un claxon casi junto a él, le sobresaltó.

Un coche se había detenido en el bordillo de la acera. Desde la ventanilla una mano le hizo señas.

Entró en el coche. La muchacha lo puso en marcha. Tenía el pelo muy negro y los ojos verdes. Llevaba un vestido amarillo.

—¿Qué hay de nuevo, guardia? —preguntó sonriendo.

Viendo la expresión de él, su sonrisa voló.

—Bueno, supongo que no tienes ganas de hablar.

—Me estoy acordando de esas dos chicas. Un individuo como Alakuf no tiene derecho a respirar.

—¿No es un loco?

—Ni yo ni nadie lo sabe, al parecer. Cuando cuatro profesores de psiquiatría y un manojo de psicólogos no se ponen de acuerdo, una persona normal como yo, ¿qué diablos va a pensar? Vamos a tomar un trago.

Rosamond Tubb trabajaba en Los Ángeles Post como fotógrafo. Y según aseguraban sus compañeros, era una profesional bastante buena. Tenía veintinueve años.

—Vamos a tomarlo —asintió.

No se detuvieron hasta encontrarse cerca de Watts.

Entraron en un bar oscuro y acogedor.

Ante dos cervezas, ella observó a Ketchum. El teniente estaba cejijunto.

—Bueno, ya acabó todo —dijo ella—. Me hubiera gustado que me encargasen del material gráfico del juicio, pero el jefe consideró que Tom tenía que hacer méritos. Tom es el sobrino del editor. Con eso está dicho todo.

—¿Acabado? —preguntó Blake Ketchum.

—¿No lo está?

—Maldito si lo sé.

Ella puso una mano encima de la de él.

—Escucha, Blake, ya has hecho lo tuyo. ¿Qué diablos esperas? ¿Una medalla? El asunto está cerrado con la decisión del jurado. ¿O es que sabes alguna cosa que no ha trascendido?

—Apenas. Y no se la diría a un reportero chismoso como tú, en

el caso de que la hubiera.

—Hay algo que me anda rondando por la cabeza. —Rosamond bebió un largo trago—. Se trata de «eso»... ¿Ha sido una especie de crimen ritual?

—Posiblemente. Y posiblemente... Oh, vamos a dejar de hablar de ello.

—Pero yo quiero hablar.

—Cena conmigo.

—De acuerdo, pero...

—Sin peros. Cenamos juntos. Mañana tengo que hacer unas cuantas cosas.

Cenaron, bebieron y bailaron. Cuando se despedían, ella le preguntó:

—¿Tomas la última arriba?

Le tenía cogida la mano. Él movió la cabeza.

—No, Rosie. Quiero tener la cabeza despejada y tú tienes la propiedad de llenármela de cosas. Vamos a dejarlo para mañana.

Llamó a un taxi y volvió a su casa.

A la mañana siguiente vio que sobre su mesa no había más que dos asuntos de poca monta. Se los pasó a uno de sus agentes y tomó su automóvil.

Su primera visita fue a las oficinas de Grantland, en la E. I. Films. Una secretaria que probablemente hubiera podido abrirse camino en la pantalla sin muchas dificultades, le recibió.

—Míster Grantland está ocupado en una reunión de directorio —le dijo—. Probablemente tardará un poco aún. ¿Quiere esperarle?

—¿Hay alguna manera de interrumpir esa reunión sin causar muchos perjuicios a la industria cinematográfica?

—Muy pocas —respondió ella seriamente—. Míster Grantland no quiere interrupciones cuando se reúne.

—Comprendido.

Pero la situación se solucionó por sí sola. Se abrió una puerta y Grantland apareció en el umbral.

—Cossie, si llama míster... Oh, teniente. ¿Me buscaba a mí?

—Sí, míster Grantland.

—En estos momentos estoy muy ocupado. Si quiere llamar más tarde... O mejor, mañana.

—Lo haré. Pero, en realidad, era una sola pregunta. ¿No oyó

usted hablar de la presencia de ese grupo en los alrededores de su casa? ¿No lo oyó comentar a alguno de los criados o jardineros? Usted tiene dos de estos últimos.

—Creí —dijo fríamente Grantland— que ese asunto estaba terminado cuando acabó el juicio.

—Por cierto que lo está, pero se trata de aclarar algunos hechos un poco oscuros todavía.

—No queda nada oscuro para mí, teniente. Ni para el tribunal.

—¿No puede contestar a mi pregunta?

—Sí puedo, pero solo a ella. Estoy muy ocupado. No, nadie había oído hablar de la presencia de esos asesinos inmundos en la finca. Buenos días, teniente. Cossie, como le decía...

Dio el recado, mientras el teniente jugueteaba con su bolígrafo. Luego, Grantland desapareció tras de la puerta.

—¿Siempre es tan inaccesible? —preguntó a la secretaria.

—Lo ignoro —fue la seca respuesta.

Ketchum salió. Al llegar a la calle, miró su librito de notas. No le era necesario, porque las señas que buscaba estaban grabadas en su memoria. Pero mientras, estaba pensando.

La dirección era un hotelito de terraza, en la carretera de Beverly Hills. Dejó el coche en la puerta y llamó.

Una negra gruesa, de pelo muy enfoscado, le abrió.

—¿Miss Rapek? —preguntó el teniente.

—¿Sí? ¿Quién es usted?

—Soy el teniente Ketchum de la policía. ¿Podría hablar un momento con ella?

—Lo preguntaré. Está ocupada.

Volvió al cabo de un momento.

—Venga conmigo.

En la parte trasera del hotelito había una piscina. Sentada sobre una tumbona, una mujer. Ketchum había visto muchas fotografías suyas. No le hacían ninguna justicia.

Tenía un cuerpo largo, que un bañador de dos piezas permitía ver en su casi totalidad. Llevaba lentes oscuros y estaba leyendo un libro.

—¿Sí? —preguntó.

Ketchum se preguntó cómo diablos se las habrían arreglado para que miss Ulla Rapek no hubiera aparecido durante el juicio. Bueno,

podía imaginar alguna de las respuestas a esa pregunta.

—Miss Rapek, quisiera hacerle algunas preguntas.

—¿Por qué? ¿Relativas a qué?

Tenía un ligero acento centroeuropeo. Ketchum había anotado en su libro que procedía de Austria. Había sido miss Europa hacía cuatro años.

—¿Puedo sentarme?

—Siéntese ahí. No puedo ofrecerle nada de beber. Solo bebo zumos de fruta.

Ketchum sabía que no siempre había bebido zumos. Lo pasó por alto.

—Miss Rapek, tengo entendido que usted va a ser protagonista de una de las películas de mister Grantland. Al menos —añadió con tacto—, eso es lo que he leído en una revista.

—Es posible. ¿Y bien? ¿Es usted policía o periodista?

—Policía.

Ella se quitó los lentes. Al hacerlo, su cuerpo esbozó un movimiento de torsión hacia el teniente. Evidentemente no había robado el título de miss Europa. Vientre plano, pecho erguido y muslos redondeados y largos. Todo un regalo para la mirada.

—¿Y qué tiene eso que ver con la policía?

—Miss Rapek, antes de esto, usted trabajó en alguna película.

—Sigo sin ver qué tiene que ver un policía con esto.

—En tres películas, para ser exactos. ¿Fueron los buscadores de estrellas de mister Grantland los que la presentaron a este?

Los ojos que le miraban sin lentes polarizados, eran ahora duros, fríos y muy poco amistosos.

—He ahí algo que a usted no le interesa, teniente. Que no le interesa a la policía.

—Pero sí que usted estuvo procesada por robo en Nueva York, miss Rapek.

Ella frunció levemente las rubias cejas.

—¿Ah, sí? ¿Sabe eso?

—La policía lo sabe, miss Rapek.

—¿Quiere usted hablar con mi abogado?

—No, quiero hablar con usted.

—Pues va a hablar con mi abogado.

—Y por intento de extorsión, en Miami, miss Rapek.

Ella se puso en pie. Era casi tan alta como el teniente.

—Fuera de mi casa, polizonte.

—Ahora mismo. ¿La descubrieron o no los cazatalentos de Grantland?

—He dicho que fuera de mi casa.

En la excitación, el acento centroeuropeo se hacía más patente en su tono.

—¿Sabe Grantland lo del intento de robo en una joyería de Nueva York y lo del intento de chantaje en Miami?

Ella respiraba agitadamente. Se controló con un esfuerzo y su hermoso pecho pareció calmarse.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué es lo que desea, en realidad?

—¿Lo sabe Grantland o no?

—¿Es que piensa decírselo?

—No. Quiero saber si usted le enteró de ello. O alguien del círculo en que se mueven ustedes.

—Lo ignoro. Él quiere que protagonice una de sus producciones. Lo demás, no le interesa a nadie.

—De acuerdo. Usted no asistió al juicio de los asesinos de la esposa de Grantland. ¿No le interesaba?

—No.

—¿Ni siquiera por la amistad que la une con Grantland?

—¿Qué quiere usted decir?

—Ustedes son muy amigos, ¿verdad?

Ella buscó una bata corta de felpa sobre el respaldo de la tumbona y se la puso.

—Creo que ha molestado ya bastante, policía. Voy a llamar a mi abogado para preguntarle si tengo que responder a todas sus preguntas tontas.

—Hágalo. De todas formas, ya me iba. Pero tal vez tenga que hablar con usted.

—Lo hará con mi abogado o con míster Grantland.

—Lo haré.

Le lanzó una última mirada y salió de la casa. Rodando a buena velocidad, llegó a la cárcel prevencional del Estado. Habló con uno de los oficiales de seguridad.

—Aún no se los han llevado —dijo este—. Pero, teniente, lo que usted quiere es un poco irregular... y usted lo sabe.

—Por cierto que lo sé, Hodgkins, pero no lo hago de una manera oficial, sino como un favor personal.

—Está bien, pero... bueno, está bien. No lo vaya divulgando por ahí.

Uno de sus subordinados le condujo a la sala de visitas. Un momento después, la muchacha apareció ante él.

Constance Betridge tenía, según se supo en el juicio, veintitrés años, pero ahora parecía bastante mayor. Envejecida. Caminaba hasta encorvada.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—Escuche, Constance, quería hacerle unas preguntas. No tiene usted ninguna obligación de contestarlas ya, una vez cerrado el juicio, pero quizá podría ayudarnos bastante si lo hiciera.

—¿Y por qué habría de ayudarles? Ustedes... Bueno, no veo por qué habría de ayudarles. Ya saben todo lo que querían, ¿no?

—No. Escuche, ustedes adoraban... bueno, rendían culto a la Gran Presencia, ¿verdad?

Ella hizo un gesto. Se retorció las manos.

—Eso... eso ya pasó.

—Lo sé. Pero quisiera saber si eso a lo que llamaban el Otro era lo mismo a lo que llamaban la Gran Presencia, cuando se reunían.

Ella le miró. Tenía ojos oscuros, y una mirada vacilante en ellos.

—¿El Otro? Pues... no lo sé. Entienda, eran muchos «viajes» [1] seguidos. Él lo quería así. Y entonces ya no sabíamos distinguir... Oh, era casi imposible.

—¿Usted vio al Otro?

—Yo... no lo sé. Tengo un vago recuerdo de haberle visto junto a «él».

—¿«Él» es Alakuf?

—Sí.

—Pero... ese Otro, ¿se mezcló alguna vez en sus reuniones?

—No, yo... creo que le vi en cierta ocasión en una casa en la que nos reuníamos. Pero todos creíamos que era la Gran Presencia. Bueno, no quiero decir que hablásemos de él, sino que le vimos... al menos le vio también Mery.

—¿Le vio? ¿Se lo dijo Mery a usted?

—Hablamos de ello, creo. Es todo tan... inseguro, ahora... Pero creo que hablamos de ello. Pero, ¿por qué quiere usted saberlo?

Ketchum se puso en pie.

—Tal vez se lo diga algún día.

El oficial de seguridad se negó a dejarle ver a Mery, la otra acusada.

—Lo siento, teniente, pero con una infracción es bastante. Me puede meter en un buen lío. Una vez que estén en la prisión, usted puede pedir permiso para verlas, pero ahora... entienda que no puedo.

—Gracias, de todas maneras.

Salió y se dirigió a la seccional.

CAPÍTULO III

EL comisionado de policía estaba con la chaqueta puesta. Ketchum, que le conocía bien, se preguntó por qué. Incluso con aire acondicionado, el comisionado solía permanecer en su oficina en mangas de camisa.

—Ketchum —dijo sin preámbulos—, ¿qué diablos se ha propuesto usted?

—¿Referente a qué, señor?

—Referente al asunto Grantland. Ha estado usted haciendo preguntas y molestando a la gente cuando el caso está ya cerrado, archivado. ¿Por qué?

El comisionado solía ser un hombre afable, ya que su cargo era político, pese a haber comenzado desde abajo, desde la Policía. Pero debía el puesto al gobernador.

Ahora, Ketchum observó que estaba dejando la afabilidad a un lado. Muy bien, pues seguiría por el camino que el otro le marcaba.

—Señor —dijo—, porque no estoy conforme con el resultado.

—Sea breve y diga por qué.

—Muy sencillo: tengo aquí algunas cosas para usted.

—Ketchum, le he dicho que sea breve. Le he hecho una pregunta directa. Responda directamente.

—Lo haré. En primer lugar, la muerte de la tercera mistress Grantland ha sido un verdadero regalo para su marido.

Los ojos del comisionado se estrecharon como dos rendijas.

—Ketchum, recuerde los tribunales de difamación. Y recuerde que no me gustan las aseveraciones que no pueden probarse.

—Puedo probar algunas cosas, señor —le respondió Ketchum

con la misma serenidad—. La primera, que Grantland estaba intentando por todos los medios divorciarse de su tercera mujer. Lo saben los abogados que tramitaban el asunto. Lo saben los periodistas. Lo sabe todo el mundo en Hollywood.

Hizo una pausa.

—Como saben todos que estaba enredado con una tal Ulla Rapek, austríaca, ex miss Europa, a la que pensaba lanzar como estrella en una próxima superproducción.

—¿Qué hay de malo en ello? Muchos productores hacen eso con sus amigas de turno. Ketchum... usted...

—¿Me permite, señor? No he acabado. Ulla Rapek ha sido juzgada en Nueva York y en Miami, una por intento de robo en una joyería, cuando un collar de diamantes se metió solito en su bolso mientras ella miraba otras joyas. Uno de los empleados se dio cuenta. La otra, por chantaje a un hombre de negocios y conocido vago de Florida, casado, y que tuvo que ver con Ulla. Ella le amenazó con decírselo a su mujer, pero el hombre no se avino a dejarse esquilan y presentó la denuncia.

El comisionado cogió su pipa y comenzó a llenarla.

—Esta es la moza. Un pendón de tamaño natural. Y ahora se presenta en un lugar como este y con un hombre como Grantland, preparada para ser lanzada en una superproducción que va a costar diez millones de dólares y cuyo principal papel había sido acordado para Belinda Hering. Según los profesionales, el papel «era» para esta última. Y el bueno de Grantland se lanza al agua y lo da a una aventurera. La cual, siempre según esos mismos profesionales, solo vale para *cover-girl* y para eso no de las mejores.

—Siga.

—¿A qué suena, con los antecedentes de Ulla, señor? Simplemente, o a que Grantland se ha puesto a chocar, y la verdad es que aún no es lo suficientemente viejo como para eso, o... la Rapek sabe algo acerca de él.

—¿Terminó?

—A grandes rasgos, sí, señor.

—¿Conclusiones?

Ketchum esperaba ese momento. Y no le gustaba.

—Todavía ninguna, señor.

—Muy bien. Ha expuesto su punto de vista y ha demostrado

estar muy enterado de los cotilleos de las revistas que dedican sus páginas al cine. Ahora, escuche esto: Deje el asunto.

Ketchum estuvo un momento callado.

—¿Es una orden, señor?

—Por supuesto, Ketchum, es una orden. No quiero que continúe molestando a míster Grantland ni a miss Rapek. No quiero que continúe dándole vueltas al asunto. Juzgado y sentenciado, nosotros no tenemos nada que ver con él. ¿Me ha entendido? Espero haber sido lo suficientemente claro.

—Señor, ¿se ha quejado míster Grantland de mí?

—Eso no le importa.

—Considero que sí. Usted me ha llamado hoy. Colijo que Grantland se le ha quejado, ¿sí o no?

—Ketchum, usted no va a exigirme que le dé explicaciones acerca de mis órdenes. Recuerde quién es usted y dónde estoy sentado yo.

—Lo estoy recordando, señor. Y estoy recordando también que el cargo de teniente no es vitalicio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me está usted amenazando con desposeerme de él si no hago lo que Grantland quiere.

—¡Lo que quiero yo!

Ketchum había logrado sacar a aquel hombre flemático de sus casillas. Se alegraba de ello.

—Supongo que Grantland se habrá quejado al gobernador y este a usted. ¿Acierto?

—Hemos terminado, Ketchum.

—Yo no, señor.

—¿Qué ha dicho?

—Que no he acabado. Esos tipos son culpables como el diablo, por supuesto. Ellos mataron a mistress Grantland y a la criada. Pero quiero saber por qué lo hicieron.

—Caso cerrado, Ketchum. Y quiero advertirle una cosa: si vuelve a intentar averiguaciones por su cuenta, tendré que sancionarlo.

Ketchum se puso en pie.

—Entendido —dijo.

—Y otra cosa, Ketchum: a mí nadie me da órdenes sobre lo que puedo o no puedo hacer en mi departamento.

—Cuando usted lo dice, señor...

Dejando la frase colgada, salió del despacho. Se dirigió a su mesa, puso en ella los pies y se abstraía.

El sargento Pedersen se le aproximó, con su pesado andar, balanceando la gruesa barriga.

—Teniente, tengo aquello que me pidió. Me costó conseguirlo, pero al fin lo logré.

—Desembuche, pero hágalo en voz baja.

—Por cierto, teniente, que me parece que las cosas no andan del todo bien. El sargento Leeds me dijo que había que parar todo lo que se relacionase con el asunto.

—¿Ah, sí? Bueno, dígame lo que ha averiguado, Pedersen.

—La segunda señora Grantland, teniente. Tuvo un hijo con él.

—Eso lo sé.

—Bueno, lo que tal vez no sepa, porque nadie ha tenido interés en airearlo en el juicio, es que ahora está casada por segunda vez con Dodge Crane.

Ketchum le miró sorprendido.

—¿Con Dodge? ¿El pandillero de San Luis?

—Sí, señor, con Dodge, que controla el juego en San Luis y algunas otras cosas que mi natural pudor...

—Olvídese de su pudor, Pedersen. Nunca lo tuvo. Así que casada con ese tipo. Y en cuanto al hijo que ella tuvo con Grantland...

—Cuando se divorciaron, el juez le confió la custodia a Grantland, basándose en las actividades de Dodge. El chico está ahora en un colegio en Seattle.

—Sargento, averigüe si Alakuf tuvo alguna vez algo que ver con Dodge.

—Teniente...

La cara del sargento estaba seria ahora.

—Teniente, al parecer la cosa va en serio. No quieren que continuemos con las averiguaciones.

—Ya. Bueno, olvídelo, Pedersen. Y gracias.

—De nada, teniente, y crea que lo siento...

—Olvídese de ello, repito.

Pedersen se alejó. Ketchum bajó a los archivos y pidió lo relativo a Dodge Crane. Había allí informes del F.B.I., de la policía de San Luis, etc.

Los estuvo estudiando durante un par de horas. Al terminar era la hora de comer. Luego envió un telegrama a Seattle.

Llamó a Rosamond, y le preguntó si quería comer con él. La muchacha asintió.

Se reunieron en el restaurante chino. Ella se le quedó mirando.

—¿Te sirvieron de algo los datos que te di?

—Por cierto. Me sirvieron para que el jefe me haya echado la bronca y me haya puesto en mi lugar. No más dedicarme al asunto. Dejarlo rodar y que la justicia siga su curso.

—¿No vas a seguir investigando?

—No... no puedo, Rosie. El comisionado está presionado desde arriba, probablemente desde el palacio del gobernador. Grantland debe tener muy buenas agarraderas.

—Las tiene, por supuesto. En este momento él controla la quinta parte de las producciones cinematográficas de la Costa. Me he enterado bien.

—Y eso hace que resulte intocable. Comprendido.

—En realidad, no tienes nada contra él, Blake.

—Solo que las circunstancias le han permitido escapar de una mujer envejecida y estupidizada para caer en las garras de una vampiresa rubia, con cuerpo de sirena y antecedentes de mal olor —dijo Blake.

—¿Así lo crees? —preguntó ella.

—¿No es así?

—Oh, yo no lo aseguraría tanto. Mira, he estado hablando con los tres redactores que se dedican al cine, en el periódico. Los tres me han dicho la misma cosa: Grantland no quiere casarse con Ulla Rapek.

Ketchum soltó el tenedor. Miró a su compañera.

—¿Qué has dicho?

—Lo que oyes. Son solo rumores, querido, pero parecen tener fundamento. Uno de mis compañeros ha quedado en tratar de sonsacar a Gloria Hayton, ya sabes, la chismosa oficial. Ella debe saber algo.

—Bueno, pues no lo entiendo. Creí que Ulla...

—Ulla hace su juego, al parecer, pero no se va a casar con Grantland. Este no desea una ramera como esa. Desea una mujer tranquila, que le permita seguir con sus negocios y sus devaneos,

pero sin formarle escenas constantemente. Y una temperamental como Ulla le hundiría en un infierno parecido al de su mujer. No. Además, Grantland quiere más dinero.

—Escucha, ¿sabes que la segunda mujer de Grantland está casada con un promotor de juego de San Luis?

—No... Espera, creo que algo oí una vez, pero no presté atención.

—Lo está. Es la madre de un chico de Grantland. El chico está en un colegio, en el norte, en el estado de Washington. El tribunal de divorcio le confió la custodia a Grantland.

Hizo una pausa.

—Nena, ¿podrías enterarte de quién es la mujer hacia la que apunta Grantland?

—Podría, si mi compañero logra sonsacar a Gloria Hayton.

—Telefonéame con lo que haya.

—Lo haré. Y ahora, puesto que te han apartado del asunto, ¿por qué no me dedicas la tarde? Yo también estoy libre.

—Acabas —dijo él— de quitarme las palabras de la boca.

* * *

Aquella misma noche, cuando llegaron al departamento de ella, el teléfono sonó.

Ella cogió el aparato. Escuchó durante un momento, intercalando algunas preguntas. Luego, colgó.

—Mi compañero ha estado hablando con la Cotilla Oficial. Con Gloria Hayton. Con Su Majestad la Reina del Chisme Cinematográfico.

—¿Y bien?

—Grantland ha dirigido sus tiros hacia una de las Van Rosen. La menor.

Ketchum puso la boca como para silbar. Los Van Rosen eran una de las mayores fortunas de la Costa. Tres hermanas se repartían los inmensos paquetes de acciones de petróleo, acero y cine.

—¿Seguro?

—Ciento por ciento. Han sido vistos en algunos lugares juntos, pero lo han hecho con gran discreción.

—En ese caso, Ulla...

—Ah, querido, lo ignoro; pero, ¿nos vamos a pasar la noche hablando de ellos?

No, por supuesto, no lo hicieron. Rosamond sacó una botella de whisky escocés y se dedicaron a vaciarla. Cuando Ketchum la tomó entre sus brazos —a Rosie, no a la botella— eran las doce. Luego, se olvidaron de todo.

A la mañana siguiente, Blake Ketchum fue a la jefatura y pasó la conferencia matutina con el comisionado, a la cual tenían que asistir todos los jefes de seccional. Discutieron los asuntos de trámite y cuando todos se hubieron despedido, el comisionado le llamó aparte.

—Recordará lo que hablamos ayer, ¿no, Ketchum?

—Sí, señor.

—Bien, solo deseo que no lo olvide.

Ketchum era un hombre que sabía controlarse. No hubiera llegado a teniente de la policía de Los Ángeles de no haber sido así. No obstante, dijo:

—No tiene que preocuparse, señor.

La voz del comisionado sonó heladamente.

—No me preocupo por mí, Ketchum. Digamos que me preocupo por... usted.

—¿Quiere explicarme eso?

—Tenemos un deber, Ketchum: proteger al ciudadano. No molestarle inútilmente. Eso es lo que quiero decir. Todo lo que quiero decir.

—Sí, señor.

Salió. Había habido un par de asaltos, peleas, etc. Cosas de poca monta. Cogió su coche y se dirigió a Watts, al barrio negro.

Grupos de jóvenes ociosos le miraron pasar, muchos indiferentes, otros con desprecio, y algunos hasta con odio. Después de los últimos acontecimientos raciales, la policía, blanca o negra, no era bien vista en aquellos lugares.

Encontró lo que buscaba dos travesías más allá. Un grupo de casas destartaladas y en las que pululaban enjambres de chiquillos.

—¿Otis? —preguntó a una de las mujeres.

Esta le señaló el primer piso con un dedo oscuro.

Ascendió y llamó a la puerta. Una muchacha negra, muy bonita, le abrió.

—¿Otis? —preguntó el teniente.

—No está. Está trabajando. ¿Quién es usted?

—Teniente de la policía. Quisiera hacerle unas preguntas.

—¿Ha ocurrido algo...? —preguntó ella con gesto adusto.

—Nada en absoluto. Se trata del asesinato de Opal Jones.

—¿Aún? —respondió la muchacha—. ¿No ha acabado todo ese asqueroso asunto?

—¿Es usted pariente de Otis?

—Hermana. No ha contestado.

—Sí, ha acabado, pero estamos aclarando algunas cosas. Su hermano trabaja en la fábrica Hamison, ¿no es así?

—Sí. Pero no debe ir a verle allí. Podría ocasionarle dificultades.

—¿Viene a comer?

—No.

—Gracias.

La fábrica Harrison, dedicada a la construcción de piezas para aviones, no estaba lejos. Cuando Ketchum llegó, preguntó por el negro. Se dio a conocer y un momento después pudo ver al muchacho en el patio de carga.

Era un negro alto, musculoso, de tez clara.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Hice algo?

—No. Quiero hablarle de Opal. Usted era su amigo, ¿no?

—Íbamos a casarnos, teniente —hizo un gesto y abrió y cerró las grandes manos—. Me hubiera gustado coger a estos tipos y estrangularlos yo mismo. ¿Qué daño les había hecho la chica?

—Comparto sus sentimientos, créame. Pero quería hacerle unas preguntas. ¿Nunca le dijo Opal que hubiera visto a un grupo de esos tipos en las cerca nías de la casa?

—No directamente, creo. Sí me parece que lo comentó con Jim, uno de los jardineros, el más viejo. Pero no puse atención.

—A usted nada, ¿no?

—No, teniente. Nada en absoluto.

—Está bien, Otis. ¿Tiene usted alguna idea de por qué la mataron?

—¿No quedó ya claro? Están locos, completamente locos. Si tuvieran que trabajar como yo y otros muchos... Por lo menos, teniente, esto no pueden achacárnoslo a los negros.

—Comprendido. No vamos a enredarnos ahora en una discusión racial. Gracias. Diré en la dirección de la fábrica que no le molesten a usted.

Salió y cogió el coche. Un momento después rodaba hacia Beverly Hills.

CAPÍTULO IV

EL jardinero Jim era un hombre de unos sesenta años. Ketchum le recordaba del juicio. Su declaración había sido negativa. Él no había visto nada anormal en el parque ni en los alrededores.

Ahora, Ketchum le ofreció un cigarrillo y el otro lo aceptó. Parecía demasiado viejo como para meterse en líos raciales, y por tanto tomó la presencia de Ketchum con más tranquilidad que sus hermanos de color.

—No, como ya dije, yo no vi ningún grupo los días anteriores al asesinato de la señora —dijo.

Ketchum fumó pensativamente.

—¿Fue la primera vez que vio usted a los tipos aquellos? Me refiero a antes del juicio.

Una débil lucecilla apareció en las pupilas del negro. Fue algo momentáneo, que Ketchum captó.

—¿Sí o no? Ya sé que no vio al grupo, pero, ¿vio a alguno de ellos?

—Escuche, teniente. No lo dije en el juicio porque lo había olvidado, pero...

—¿Qué?

—Creo haber visto al hombre de la barba cerca del mercado de Molton. Bueno, ya sabe, solo me pareció reconocerlo, después de pensar en ello. Pero ahora ya no tengo necesidad de declarar, ¿verdad?

—No, claro que no. Estamos haciendo unas comprobaciones rutinarias. Dice que le pareció verle.

—Sí, pero no iba vestido como en las fotografías que les sacaron

cuando aparecieron en los periódicos. No, sino... como en el juicio. Eso fue lo que me hizo recordar.

—¿Qué hacía allí, en el mercado? ¿Lo recuerda?

—Paseaba de un lado a otro. Le vi a la salida del mercado y a la entrada. Yo había ido con Opal, en el coche, para ayudarle a llevar las cosas hasta el auto. Lo he hecho muchas veces, por orden de la señora.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Pues... no, creo que no, nada más.

Estaban hablando junto al garaje. En el momento en que Ketchum se disponía a marcharse, vio el coche llegar. Era un «Lincoln» azul oscuro y Grantland lo conducía.

Vio sobre él la mirada del productor, pero este no se detuvo. Condujo el coche hasta la puerta de la casa y se apeó. Entró en el edificio y cerró la puerta tras de sí.

Ketchum volvió hacia Los Ángeles. Nada más entrar en la seccional, comprendió que había algo nuevo. El sargento Pedersen le señaló el teléfono.

—Le ha llamado el comisionado hace diez minutos. Dijo que usted le llamase tan pronto como volviese.

Ketchum llamó. La voz del comisionado llegó hasta él.

—Ketchum, quiero verle inmediatamente en mi despacho.

—Sí, señor.

Ketchum salió. Miró al cielo y a los edificios de enfrente.

«Bueno, muchacho —pensó—. Más vale que te vayas preparando.»

El comisionado le hizo esperar cerca de media hora. Cuando le recibió, le indicó la silla frente a su escritorio.

—Ketchum, usted es un problema.

—¿Sí, señor?

—Lo es. Considero problemas a todos aquellos de mis subordinados que no solo no entienden una orden, sino que la desobedecen. ¿Puede decirme lo que estaba haciendo en casa de Grantland?

—Investigaciones subsidiarias, señor.

—¿Después de haberle dicho que no habría más investigaciones, ni subsidiarias ni de ninguna clase con respecto al asunto?

Ketchum metió la mano en el bolsillo. Lentamente sacó la placa,

encerrada en un estuche, y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué diablos está haciendo, Ketchum?

—Entregándole la placa, señor. La renuncia por escrito le llegará dentro de un par de horas. O ahora mismo, si quiere.

—¿Va a echar por tierra toda su carrera solo por no saber obedecer? —replicó el otro irritadamente.

—La obediencia es una de las cualidades precisas en un detective, señor. Pero le voy a decir una cosa: no me voy por no saber obedecer, sino por «no querer» obedecer. No quiero obedecer una orden que me parece absurda y que además no ha estado dictada por mis superiores, sino por alguien que no tiene derecho legal para hacerlo.

—Lleve cuidado con lo que dice, Ketchum —replicó el comisionado.

—Ya no tengo por qué hacerlo. Me considero un ciudadano particular.

—Puedo formarle un expediente y expulsarlo.

—Inténtelo —fue la seca respuesta—. Inténtelo y hablaré con los periódicos. Hay algunos que no obedecen a Grantland.

El comisionado se puso en pie.

—¿Está insinuando que yo recibo órdenes de Grantland?

—No, del gobernador, pero él es amigo de Grantland.

—Mire —dijo el otro, tratando de controlarse—. Escuche, Ketchum, ¿qué interés particular tiene usted en este caso?

—Simplemente, que cuando hay algo que no funciona debidamente, me duele el estómago. Eso mismo.

—¡Esos tipos son culpables! ¡Lo reconocieron en el juicio! ¿Qué más diablos quiere usted? ¿Qué es lo que necesita usted?

—Saber por qué lo hicieron. Eso solo. Escuche: en el juicio solo se ha probado su culpabilidad, pero no los motivos. Y esos son los que quiero averiguar.

—Está bien. Puede irse, pero recuerde que...

—Lo recordaré todo.

—¿Y de qué va a vivir?

—Lo ignoro.

No lo ignoraba. Tenía en el bolsillo no menos de tres cartas de su amigo Henderson, pidiéndole que se hiciese cargo de la policía de una ciudad en Kansas. Un buen trabajo, no demasiado cansado, y

con facultades para renovar el cuerpo. Pero no se consideró obligado a decírselo al comisionado.

Salió del despacho y se dirigió rectamente a Los Ángeles Post. Rosamond estaba terminando de revelar unas fotografías. Se reunió con él un momento después.

—Hola, guardia.

—Ya no.

Ella le miró interrogante.

—Me he despedido.

—¿Que te has...? ¿Quieres decir que has tirado por la borda tu empleo?

—Eso mismo. Estaba harto de broncas y de prohibiciones. Lo he colgado. Espero que se podrán arreglar perfectamente sin mí.

—¿Y... qué vas a hacer?

—Por el momento... Bueno, ya te lo explicaré.

Ella parecía contrariada.

—Supongo que eso... nos afectará a los dos en alguna forma.

La miró.

—Creo que sí. Bueno, podemos discutirlo ante un par de copas.

—De acuerdo. Me queda media hora aún. ¿Puedes esperarme?

—Lo que quieras. Yo tengo que ir a la seccional a recoger mis cosas y redactar la carta de dimisión. Si espero mucho pueden adelantárseme. Y quiero ser yo quien dimita, no que me hagan renunciar.

En la seccional el sargento Pedersen le vio recoger sus cosas, después de enviar la carta.

—Le vamos a echar de menos, teniente.

—Ex teniente.

—Bueno, como sea, le vamos a echar de menos... ¿Qué piensa hacer?

—Es usted la tercera persona que me lo pregunta en menos de una hora. Le daré la misma respuesta. No lo sé. Pero...

Miró a su subordinado. Habían trabajado tres años juntos. Se conocían bien.

—Pero le diré una cosa... Voy a seguir echándole una ojeada al asunto Alakuf. Si nos encontramos en algún lugar, no me ponga demasiadas trabas.

—Haré lo que pueda, teniente. La mejor prueba de ello es esta:

un telegrama que ha llegado de Seattle. Tenga.

Se lo dio. Ketchum lo leyó y se lo guardó en el bolsillo. Sus ojos brillaban.

—Maldición —dijo el sargento—. No se trata así a un hombre que... Bueno, me iré a emborrachar tan pronto tenga un rato libre.

Ketchum fue a la T.W.A, y sacó un billete para el avión de las once de la noche para San Luis. Luego se reunió con Rosamond.

La joven estaba ligeramente irritable y él se preguntó por qué. Le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Escucha, Rosie... Nos conocemos hace casi un año. Nunca hemos hablado de esto, pero... ¿te casarías conmigo?

Ella le miró asombrada.

—¿Eres brujo? Me estaba preguntando si no veías en mí más que a la amiga de los buenos ratos. ¿Quieres una respuesta sincera?

—Por supuesto que sí.

—Ahí va, pero espera que me beba esta última.

Bebió rápidamente, como si de pronto se le hubiera despertado mucha sed.

—Lo haría, Blake, siempre que no pidieras que me despidiera de mi empleo.

—Tendríamos que marcharnos a Kansas, tal vez.

—Yo... tendría que pensarlo.

—Allí hay periódicos también. No tan importantes como el Post, pero creo que podrías hacerlo.

Ella le miró largamente.

—Escucha, ¿estarías allí más contento que aquí?

—Lo ignoro... aún. No lo sé. Lo único que sé —su voz cobró un tono duro— es que no pienso soportar que un tipo como Grantland dé órdenes, aun cuando sea a través del gobernador. No soy un político, sino un profesional. No tengo por qué aguantarlo.

—¿Y si yo... no te siguiese a Kansas?

—Me iría, probablemente, aun en ese caso. Lo siento, Rosie, pero así es. No quiero presionarte. Solo que... lo pienses bien.

—Lo haré. ¿Qué harás esta noche?

—Voy a ir a San Luis. Tengo ya el billete para el avión.

—¿San Luis? Pero qué... ¡ah! Dodge, ¿verdad?

—Sí, Dodge. Quiero ver a su esposa. A la que fue segunda mujer de Grantland.

—¿Piensas sacar algo en limpio de esa visita?

—Lo ignoro. Solo que me gustaría hablar con ella. Y como actualmente estoy cesante...

—Blake, no me atrevía a hablarte de eso, pero si estás corto de fondos...

Él se rio.

—No, cariño. No necesito dinero. Mi padre me dejó algo, lo suficiente como para no tener que preocuparme y yo mismo he ahorrado. No soy un tipo como Grantland, pero por el momento no tengo que asustarme.

Aquella noche tomó el avión y a las tres de la mañana llegaba a San Luis. Se alojó en el Missouri, y a las nueve de la mañana buscó un número en la guía.

Cuando lo encontró, llamó. Una voz femenina le preguntó qué deseaba.

—¿Señora Crane?

—Yo soy.

—Escuche, no me conoce, pero me gustaría hablar con usted.

—¿Acerca de qué? ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Ketchum. No le diré nada. Pero me gustaría hablar con usted, si no le importa. Es acerca de su ex marido. De Grantland.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—No quiero hablar de esa persona. Con nadie.

—Escuche, señora Crane, he citado ese nombre como una referencia, pero si me hace el favor de escucharme, creo que podría interesarle. Solo serán unos minutos. Si no quiere seguir escuchándome, me pone en la puerta y en paz.

Hubo otro silencio.

—Está bien. ¿Puede venir dentro de dos horas? Mejor, tres. A las doce. Park Avenue, 412. Frente al Parque Lafayette.

—Puedo. Y gracias, señora Crane.

A las doce estaba en Park Avenue, 412. Se trataba de una casa de dos pisos, recién pintada, y rodeada de un jardín. Atravesado este, se encontró en la puerta. Llamó.

La mujer que le abrió tendría unos treinta y dos años y era muy bella. Grantland, por lo visto, elegía a sus mujeres. Tenía un cuerpo estatuario, y los ojos muy azules.

—¿Ketchum? —dijo—. Pase.

Pasó. Un gran recibidor, con baldosas de mármol blancas y negras. Luego, una sala moderna de muebles y sillones bajos y paredes pintadas de diversos colores, todos ellos suaves y calmantes. Una gran puerta ventana se abría sobre el jardín.

—Siéntese, míster Ketchum. Y le ruego que sea breve.

Ketchum lanzó una ojeada a su alrededor antes de sentarse. Sentía una sensación extraña, pero por el momento estaba ocupado en otras cosas para interesarse demasiado en ello.

—Señora Crane, usted fue esposa de Grantland. Y tuvo un hijo con él. Un hijo que el tribunal confió a la custodia del padre cuando se separaron.

Ella estaba arreglando unas flores en un jarrón, sobre una mesa pegada a la pared. Se detuvo en su ocupación. Cuando volvió el rostro hacia Ketchum, este pudo observar que su expresión se había endurecido. Ya no parecía tan joven.

—¿Qué quiere ese cerdo? ¿Qué sucia faena le ha confiado a usted?

—Escuche, no vengo de parte de su ex marido.

—Cuando vino su último mensajero, le di mi respuesta, míster Ketchum. No sé por qué le ha enviado a usted, porque el hecho de que hayan matado a esa pobre mujer no cambia nada el asunto.

Una profunda inspiración, que hizo subir y bajar su hermoso pecho.

—¿Lo ha entendido? Pues vaya a repetírselo a su amo. Puede largarse.

—Señora Crane, le dije que no me enviaba Grantland. Puede creerlo.

—¿No? ¿Espera que me crea esa idiotez? Dígale que no piense que han cambiado las cosas. No le daré lo que quiere y es mi última palabra. Lo utilizaré cuando me parezca bien.

La sensación se había hecho más acuciante. Ketchum se puso en pie y en ese momento una mano se posó en su hombro.

Se volvió. Había dos hombres en la habitación. Debían haber entrado por la puerta ventana que daba al jardín, o bien estaban ya en la habitación. No lo sabía. Ni importaba, por el momento.

—Bueno, amiguito —dijo uno de ellos—. ¿Lleva algo encima?

—Nada —respondió Ketchum.

Los hombres eran altos y fuertes. Uno de ellos tenía la nariz torcida.

—Lo veremos.

Lo registraron con pericia. Ketchum no había cogido su pistola, porque pensó que no le haría falta para nada.

Y ahora no sabía si alegrarse de ello o sentirlo.

—No llevas nada, ¿eh? Bien, pero de todas maneras habrás de pagar algo por la molestia.

Alzó el brazo y le dio un puñetazo a Ketchum. El golpe le alcanzó en un lado del cuello y le derribó sobre el sillón.

—No te muevas —dijo el segundo hombre. Tenía una pistola en la mano.

—No pienso hacerlo —respondió el policía—. Señora Crane, no es esta mi idea acerca de una charla amistosa.

—Cierra el pico, amigo.

Volvieron a golpearle. Esta vez consiguió bloquear el puño, pero de todas maneras resultó alcanzado.

—Un momento —dijo—. ¿A qué viene esto?

—Viene —dijo la señora Crane— a que todo aquello que provenga de Dole será tratado de esta manera. Yo no soy esa pobre idiota de Mirabel. Puedo defenderme.

—¿Le damos, señora? —preguntó el que golpeaba.

—Esperen un poco, muchachos. Quiero que me diga unas cosas antes. Pero no le dejen moverse.

—Sí, señora. Conteste rápido a lo que le pregunten.

—Eso quiero hacer —respondió Ketchum.

Le dolían los golpes, pero no se había enfurecido como lo hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

—Señora Crane —dijo—. Le dije que no venía de parte de Grantland y le dije la verdad. Yo fui el encargado de investigar la muerte de Mirabel Grantland.

—¿Un policía? —preguntó ella, frunciendo el entrecejo.

—Teniente de la Seccional 15 de Los Ángeles. Mi nombre es Blake Ketchum.

—Pero, ¿Qué quiere usted?

—Hablar con usted. Hacerle algunas preguntas.

—El caso se ha cerrado, ¿no?

—Oficialmente, sí. Pero por haber querido averiguar lo que

había ocurrido exactamente, presenté mi renuncia hace veinticuatro horas.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿No está mintiendo?

—Dícales a sus muchachos que miren en mi cartera. Yo no quiero hacerlo.

Lo hicieron. La mujer de Crane estudió sus documentos.

—Creo que está correcto. Muchachos, podéis esperar fuera.

—Sí, señora.

Salieron. Ketchum se tocó el cuello.

—Diablos —dijo.

Ella sonrió forzadamente.

—¿Quiere tomar algo? Lamento lo que ha ocurrido, pero no pienso dejar que Dole Grantland me coja de improviso.

—Espere un momento... Bueno, tomaré un whisky.

Ella lo sirvió. Tenía andares armoniosos y su corta falda revelaba unas piernas magníficas. Le alargó el vaso.

—Dijo usted que Grantland se había puesto en contacto con usted, ¿no?

—Eso es cuenta mía.

—Lo hizo, al parecer. ¿Podría usted decirme sobre qué asunto? ¿Qué es lo que quiere él de usted?

—Es cuenta mía.

—Bueno, supongo que sí. Y tiene derecho a reservarlo. Yo...

La puerta se abrió. Un hombre alto, delgado, apareció en el umbral. Lanzó una mirada a Ketchum. Este había visto en los archivos una fotografía del hombre. Dodge Grane en persona.

—Bien, nena —dijo—. ¿Hubo conflictos? Pensé llegar antes, pero algo me retuvo.

—Ninguno —respondió ella—. Ningún problema, aún.

—¿Quién es el amigo? Los muchachos dicen que un policía.

—Lo era hasta ayer por la mañana —respondió Ketchum.

—¿Qué desea de mi esposa?

—Saber algo acerca de Grantland. Algo que solo ella puede decirme.

—¿Qué, por ejemplo? Escuche, amigo, mi mujer estuvo casada con ese cerdo. Ya tuvo demasiado castigo con ello. No quiero que la molesten, ¿comprende? Si usted viniera con una citación oficial, le atenderían mis abogados. Si viene particularmente, se expone a que

le atiendan mis muchachos. Y saben hacerlo.

—Lo he comprobado —respondió Ketchum, tocándose el cuello.

—Así que diga lo que sea y lárguese.

—Señora Crane, ¿qué clase de hombre era Grantland cuando estuvo usted casada con él?

—Un marrano. Un tipo despreciable.

—Espere —dijo Dodge—. ¿A qué viene esto?

—Muy sencillo. Un grupo de fanáticos mató a Mirabel Grantland. Eso quedó demostrado en el juicio. Pero yo no estoy conforme. La muerte de esa mujer le vino demasiado bien a Grantland y justo en el momento oportuno. Por eso he querido investigar. No hay motivo, no se ha demostrado ninguno en el tribunal acerca de «por qué» la mataron.

Dodge se sirvió un vaso de whisky con mucha agua. Comenzó a tomarlo lentamente.

—Eran drogados, ¿no? Eso explica muchas cosas.

—Usted y yo sabemos que eso explica muchas cosas, pero no todas. Esos tipos aparecieron de pronto en la casa de Grantland, mataron a las dos mujeres y se largaron. Dejaron las joyas. No se llevaron nada. Dicen que fue un crimen ritual y cualquiera, al ver a Alakuf, diría que ese fue el motivo: una venganza contra el mundo, centralizada en dos mujeres indefensas. Pero yo no acabo de creerlo, eso es todo.

—Es posible que tenga razón —dijo la mujer, pasando una mano bajo el brazo de su marido—. No parece un motivo...

—Ya lo han hecho otras veces —le recordó Dodge.

—Pero además he sabido que Alakuf estuvo antes por los alrededores. La policía no lo sabe aún. Yo sí. Y no lo hizo con su atuendo de sumo sacerdote de la Alta Presencia. Lo hizo en traje normal. Simplemente, yo quisiera saber qué clase de hombre era su marido... Su ex marido, señora Crane.

—¿Sospecha usted de él, amigo? —preguntó Crane.

Ketchum movió la cabeza.

—No lo sé. Simplemente llevo algunos años en la policía y hay cosas que se ven claras desde un principio y otras que no.

—Creo que sé lo que quiere decir. Bueno, *darling*, díselo.

Ella habló lentamente:

—Dole es un cerdo listo, pero un cerdo. Un insaciable. Jamás se

cansa de buscar el poder y el dinero. Un tipo sin escrúpulo alguno. Un sádico —añadió con una extraña expresión en las azules pupilas. Su marido le dio unos golpecitos en la mano—. Me separé de él porque no podía resistir más. Me atormentaba de mil modos distintos... Y no quiero hablar de este asunto.

—La comprendo, señora Crane.

—Pues si lo comprende —dijo Dodge duramente—, conténtese con eso. No quiero que moleste más a mi esposa.

Ketchum se puso en pie.

—Señora Crane, ha hablado usted de que tiene algo que Grantland quiere conseguir. ¿No le sirvió para conseguir la tutela de su hijo?

Ella apretó los labios.

—No quiero hablar de ese asunto.

—En ese caso, le diré una cosa. Grantland tiene...

—Ketchum, más vale que se largue —dijo Dodge, en tono tranquilo pero firme—. No quiero llamar a mis muchachos, pero lo haré si no...

—Espera —dijo su mujer—. ¿Qué iba usted a decir?

—Simplemente: Grantland quiere volver a casarse. Tiene al niño en un colegio, en el norte.

—Lo sé. No me ha dejado verlo más que dos o tres veces. Es un...

Apretó los labios.

—Usted amará a su hijo, señora Crane —dijo Blake.

—Daría cualquier cosa por tenerlo aquí, conmigo.

—Pues imagínese lo que hubiera ocurrido de haber estado el chiquillo en la casa en este momento.

Ella abrió mucho los ojos, como si comprendiera.

—Espere, no querrá decir que...

—Señora Crane, cuando ocurrió el crimen, su hijo había recibido orden de Grantland de volver a casa, interrumpiendo el curso escolar. Una ligera enfermedad le retuvo en el colegio.

Ya lo había dicho. Vio que la mujer cerraba los ojos y que vacilaba sobre sus pies.

Dodge la sostuvo mientras miraba enfurecido a Ketchum.

—Simplemente, usted no sabe lo que dice. Me dan ganas de golpearle hasta que...

—Lo sé muy bien. Así están las cosas.

La mujer cogió su vaso y bebió un largo trago.

—Dodge, considero muy capaz a Dole de hacer una cosa así. Te dije muchas veces que él aseguraba que no era hijo suyo, aunque bien sabe Dios que lo es. Ojalá no lo fuera. Míster Ketchum, tenemos que hablar de este asunto.

Dodge movió las mandíbulas como si estuviese masticando chicle.

—Si lo quieres... Pero creo que están los dos en un error. No puede, simplemente, no puede un hombre...

Cerró la boca.

—Dodge y yo no hemos tenido hijos —dijo ella, con los labios apretados—. Y él no puede comprender ciertas cosas de una mente tan retorcida como la de Dole. Pero yo sí, y... Bien, Dodge, invita a comer a míster Ketchum.

—Dese por invitado. Lo haremos en el Mataron.

—Pide un reservado —añadió ella—. No quiero que nadie oiga lo que vamos a hablar.

CAPÍTULO V

«UN reservado de lujo», pensó Ketchum. Probablemente Dodge tenía participación en la empresa del Malearon, o era el dueño.

La mujer de Crane solo esperó a que les sirviesen el «antipasto». Miró a Blake.

—Escuche, Ketchum. ¿Cómo se enteró de lo de Enrico? De mi chico.

—Lo que me extraña es que no lo haya usted sabido, señora Crane.

—No puedo. Dole ha prohibido a los sacerdotes del colegio que el niño se comuniqué conmigo.

—A causa de mí —remachó Dodge con un gesto tempestuoso—. Crean que no soy una persona decente. Lo que les ha contado ese cerdo de Dole Grantland.

—Comprendo —replicó Ketchum con tacto—. Pues bien, telegrafíé a la policía de Seattle. Ellos lo averiguaron en el colegio. Grantland había telefoneado tres días antes del crimen diciendo que diesen por terminado el curso escolar del muchacho y que le enviasen a Los Ángeles. No pudieron hacerlo debido a que había un pequeño foco de alguna enfermedad infantil, sin importancia, pero que los mantuvo en cuarentena.

—Y eso salvó al muchacho —dijo Crane ceñudamente, pasando un brazo sobre los hombros de su esposa—. Y no precisamente debido a Grantland. Maldito perro... Lo ahogaría con mis propias manos.

—Señora Crane —dijo Ketchum, cuando llegaba el lenguado—. ¿Qué tiene usted que su ex marido quiere?

Ella apretó los labios.

—No voy a decirlo. Lo guardo para mí. Lo utilizaré cuando me convenga.

—Comprendo su punto de vista. Si usted no tiene la custodia de su hijo se debe también a Crane, ¿no?

Ella asintió. Crane tiró su tenedor contra la pared recubierta de roble. Al instante, un camarero se apresuró a traerle otro.

—Nosotros no hemos tenido hijos, Ketchum, y hubiera dado cualquier cosa por ocuparme del muchacho, pero ese perro no lo consintió, solo por herir a Enriqueta. Y sin embargo, siempre la estaba acusando de no ser él el padre. ¿Qué le parece?

—Creo —respondió Ketchum circunspectamente—, como ustedes. Es un tipo odioso. Le debo el haber tenido que dejar mi cargo.

—No me gustan los policías —respondió Crane—, pero usted parece un tipo decente. Lo que ha hecho, lo demuestra. Otro cualquiera hubiera dejado correr las cosas. Usted se ha metido a fondo porque considera que es su deber, ¿no?

—Así es, Crane.

—Bueno, y... ¿qué piensa hacer? Me refiero a Grantland.

—Si él ha tenido algo que ver con el asesinato, acabaré por saberlo. Y trataré de hundirlo hasta el fondo.

Los ojos de Enriqueta fueron hasta su marido. La italiana parecía ejercer un gran dominio sobre el promotor.

—Dodge, tú podrías...

—¿Qué, nena?

—Ayudar al teniente.

—¿Cómo?

Hubo un silencio.

—Bueno, tal vez, si supiéramos exactamente lo que quiere hacer. Escuche, Ketchum, ¿por qué no se mantiene en contacto conmigo?

—¿Qué podría usted hacer, Crane?

—Lo ignoro. Pero quizá algo.

—Bueno, lo pensaré. Pero lo que en realidad me ayudaría, señora Crane, sería que usted me dijera lo que sabe de Grantland. Eso que le da cierto poder sobre él.

—No.

—Si la nena dice que no, Ketchum, es que no. Usted no la

conoce. Debajo de esa piel tan suavcita tiene una camisa de hierro.

—No lo dudo, pero me sería de gran utilidad.

—Lo que sí puedo decir, es que a partir de ahora. Enrico no va a estar solo —dijo ella—. De eso puede estar seguro. No pienso dejar que su vida corra peligro. Si es necesario, lo...

Su marido le dirigió una significativa mirada. Ketchum la captó. El promotor no quería que ella hablase demasiado. No podía olvidar que él había pertenecido a la policía hasta hacía pocas horas.

—Bien —dijo Ketchum—. Me han sido ustedes de mucha utilidad, Crane. Gracias por todo.

—¿Es que se quiere marchar ya? ¿Por qué no se queda en San Luis hasta mañana, por lo menos? —preguntó Dodge—. Podría alojarse en casa. Tengo mucho espacio, ¿verdad, nena?

—Por cierto —respondió ella—. Y tenemos otra casa en Granite, cerca del lago. Es un lugar estupendo.

—Lo siento. Se lo agradezco mucho, pero tengo cosas que hacer en Los Ángeles.

—No olvide el camino, Ketchum. No digo que seamos amigos, pero usted me ha caído bien.

—Lo mismo digo, Crane.

—Por lo menos, espere hasta la tarde. En mi oficina se encargarán de sacarle el billete del avión.

—Puedo hacerlo yo mismo.

—No sea susceptible. O, ¿es que no quiere aceptar nada de mí?

—¿De dónde sacó la idea, Crane?

—Pues entonces, tomemos unas copas y luego podrá tomar el avión de las ocho. ¿Eh?

Ketchum dudó solo un momento.

—De acuerdo, Crane.

—Bien, todo correcto.

A las ocho, después de haber menudeado las copas, Ketchum tomaba el avión. No le cabía ninguna duda de que Dodge había intentado emborracharlo y se figuraba por qué. Quería sonsacarle todo lo que supiera, pero él había logrado tener la boca cerrada en los puntos principales.

* * *

A la mañana siguiente, en su casa, todavía en bata, cogió el teléfono y marcó el número de la oficina de Grantland. La voz de

Cossie, la secretaria privada del productor, le respondió al cabo de cuatro o cinco intentos.

—Quiero hablar con Grantland —dijo.

—Lo siento. Está ocupado. ¿Quién le llama?

—Ketchum. Blake Ketchum. Dígale que quiero hablar con él, esté o no ocupado.

—Lo siento. Míster Grantland ha dado órdenes de que no lo molesten. Es usted el teniente Ketchum, ¿verdad?

—Lo sabe usted muy bien, pero ya no soy el teniente Ketchum. Quiero que quede bien claro que no lo soy. Y ahora, preciosa, póngame con su jefe.

—¿Quiere esperar un momento? —respondió la voz, ligeramente cambiada. Parecía algo vacilante.

Volvió al cabo de un minuto.

—Míster Grantland dice que no puede atenderlo ahora. Y ha añadido que no tiene nada que hablar con usted.

—Muy bien. Haga el favor de decirle que acabo de regresar de San Luis y que he visto a la señora Crane. Inténtelo.

—Lo haré, pero no respondo de que...

—Usted no tiene nada de qué responder, preciosa. Haga lo que le digo.

Al cabo de otro minuto le llegó la voz de Grantland.

—¿Ketchum? Le dije la última vez que...

—He estado en San Luis y he visto a Enriqueta.

—Bueno, y yo, ¿qué...?

—Mucho, Grantland. Hemos hablado de varias cosas. Y supongo que estará usted interesado en ellas.

—¿Yo? Mire, teniente...

—No caeré en la trampa, Grantland. No soy el teniente Ketchum, sino Ketchum a secas. Así que no telefonee inmediatamente a su amigo el gobernador diciéndole que me hago pasar por lo que ya no soy. Ketchum, a secas, repito. Y si le interesa saber lo que hemos hablado Enriqueta Crane y yo, llámeme por teléfono. Pero desde ahora le digo que sí le interesa, aunque usted se ponga a negarlo con su mejor acento ultrajado.

Colgó, se vistió y salió. Cuando llegó a la carretera de Beverly Hill se paró ante el hotel de Ulla Rapek. La misma criada negra y gorda lo recibió.

—Quiero hablar con miss Rapek —dijo secamente—. Si está en casa, díglele que más vale que me reciba.

La negra le cerró la puerta y volvió al cabo de un minuto.

—Dice miss Rapek que el nombre de su abogado es Collins y que puede encontrar su dirección en el anuario telefónico. Que hable con él.

—Dígale que lo siento por ella.

Volvió a la ciudad. Llamó por teléfono a Rosamond y detuvo el alud de preguntas con que esta lo aturdió.

—Todo a su debido tiempo. Rosie. Quisiera verte.

—¿Has leído los periódicos?

—No he tenido tiempo aún.

Hubo una risita.

—Cariño, me parece que todos estábamos equivocados. Esa mujer no es tan tonta como parecía.

—¿Qué diablos estás diciendo? Me parece que ni tú ni yo lo sabemos.

—Yo sí. Lee el periódico. Ulla Rapek convocó anoche una rueda de Prensa y anunció que probablemente Grantland y ella se casarían tan pronto como terminase el rodaje de la superproducción.

Ketchum cerró los ojos mientras pensaba furiosamente.

—¿Eso hizo? ¿Grantland apoyó la afirmación?

—Grantland no ha dicho una palabra. Los periodistas no han logrado siquiera acercarse a él. A estas horas debe estar echando lumbré.

—¿Alguien lo ha relacionado ya en las páginas con la Van Rosen?

—No se ha atrevido nadie a hacerlo. La familia pesa mucho. Los Van Rosen controlan demasiadas cosas y mueven demasiado dinero. No, no lo han hecho ni lo harán, pero la Van Rosen es muy posible que haga algo. Y Grantland, desde luego, tiene que hacerlo.

—Comprendido. ¿Puedes comer conmigo?

—¿Es una orden?

—Lo es.

—A las ocho y media en Pete's. Yo invito.

—Al diablo. Pagaré el que llegue el último.

Fue la muchacha. Llegó con casi un cuarto de hora de retraso.

Ketchum le explicó a grandes rasgos lo que había hecho en San

Luis. Ella lo escuchó atentamente. Cuando terminó, dijo:

—Las cosas se están precipitando, cariño. Grantland no puede dejar pasar por alto una cosa así. A estas horas deben estar tirándose los trastos a la cabeza él y Ulla. Y a mí me gustaría presenciarlo.

—Y a mí. Intenté verlos a ambos y ninguno me recibió.

—Hay otra cosa —respondió ella pensativamente—. Lo he dejado para lo último a propósito. Pedersen, tu sargento tripón, me ha llamado por teléfono poco después de hacerlo tú. Dice que el comisario quiere verte.

—¿Intentó hablar conmigo?

—Pedersen dice que te telefonearon a casa, pero no estabas.

—¿Qué le dijiste?

—Que no me habían nombrado niñera tuya, y que eras libre, blanco y mayor de edad para hacer lo que te viniera en gana. ¿Me propasé?

—En absoluto. Lo hiciste perfectamente. Si volviesen a llamar, dile a Pedersen que si ese tipo quiere hablarme, ya sabe dónde vivo. Que vaya a verme.

—De acuerdo. Y... Blake, he estado pensando en lo de Kansas.

—¿Y...?

Sintió que su pulso se aceleraba ligeramente.

—Pues, que si tú quieres, podemos probar fortuna en la región de los grandes espacios abiertos. Espero encontrar allí algún periódico ansioso de utilizar mis servicios profesionales.

Blake le cogió la mano por encima de la mesa.

—Estoy seguro de que se pegarán por tus horribles fotografías. Pero, escucha, antes...

—¿Sí?

—Antes quiero terminar con esto. No sé lo que habrá debajo de todo, pero quiero acabar con ello. ¿Comprendes?

—Creo —dijo ella vacilante— que sí. Quieres probar que hicieron mal en dejarte marchar, ¿no es así?

—Podemos enfocarlo de esa manera y no andaremos muy lejos de la realidad. ¿Lo entiendes?

—Sí, y no puedo decir que lo desapruebe, aunque me gustaría empaquetar las cosas y salir pitando para Kansas ya. Pero te lo repito, creo que tienes razón.

—Gracias, nena.

—Y ahora, debo volver al diario. Tom quiere que le ayude a tratar de conseguir una buena fotografía de Ulla Rapek.

—Tendréis que pasar por encima del cadáver de una negra de unas doscientas libras de peso y con peor genio que un bulldozer.

Pensó durante un instante.

—¿Puedes hacerme un favor? Déjame mirar en el archivo del periódico. ¿Puedes hacerlo?

—¿Cómo no? Papá Ducas es un gruñón, pero lo tengo en el bolsillo. Ven conmigo. ¿Qué quieres buscar?

—No lo sé aún. Es algo así como una corazonada.

En el archivo del Post, papá Ducas le trajo un grueso libro. Estuvo buscando durante casi dos horas, hasta que al fin dio con ello. Leyó la información atentamente, tomando notas. Cuando acabó, le entregó los libros al viejo.

—Gracias, míster Ducas.

Salió del periódico sin ver a Rosamond y se entretuvo en un bar tomando whisky con soda y repasando las notas. Cuando llegó a su casa, eran las seis de la tarde.

El teléfono sonó cuando comenzaba a quitarse la chaqueta.

—¿Sí?

—Teniente, soy Pedersen.

—¿Cree que no conocería su voz entre el ruido de una jungla? Bien, ¿qué hay?

—Hay que el señor comisionado quiere verlo.

—¿Se atrevería a decirle al señor comisionado de mi parte dónde puede irse?

—Por supuesto que no, teniente —replicó el otro con acento escandalizado—. Por supuesto que no. No tengo más que una pelleja.

—Pues no lo haga. Dígale simplemente que si quiere hablar conmigo venga a verme a mi casa.

—Teniente, usted está borracho.

—Ni estoy borracho ni soy teniente ya. Dígaselo, si vuelve a llamarle.

—Procuraré dorar el asunto. Yo no puedo jugarle el puesto como usted.

—Hágame un favor, Pedersen. ¿Puede darme una información?

—Si no dice que yo se la di, creo que sí.

Ketchum le habló durante unos minutos. El sargento asintió.

—Creo que podré.

—Gracias.

Colgó. No había pasado media hora cuando le llamó el capitán O'Thomas, de la Jefatura Técnica.

—¿Ketchum? ¿Cómo estás, maldito holgazán?

—Henry, estoy perfectamente. Disfruto de las únicas vacaciones no pagadas desde que iba al colegio. ¿Querías algo?

—Escucha, viejo, creo que ha habido una serie de malos entendidos, y que la cosa no debiera estar como está.

—¿Por qué no vas al grano, Henry?

—Mira, el viejo quiere hablar contigo. Se lo dijo a tu sargento, pero este refunfuñó algunas excusas que no convencerían a nadie. ¿Por qué no vienes por aquí y charlamos?

—Lo siento, Henry. Estoy muy ocupado. No puedo hacerlo.

—No digo ahora, maldito. Digo mañana, por ejemplo.

—Estaré doblemente ocupado.

—Bueno, pero...

—Henry, tómalo como algo confidencial entre tú y yo. Si el viejo quiere verme, tendrá que venir a mi casa o llamarme él mismo. ¿Has comprendido?

—Escucha, él no puede hacer eso, ni tú puedes pedírselo.

—Lo siento. No es nada personal contigo. Tomaremos unas copas cuando quieras y charlaremos de lo que te parezca bien.

—Está bien, cabezota. Que conste que hice lo posible para que...

—Lo sé, y gracias.

Colgó. A las ocho salió a cenar y se entretuvo viendo una película en un cine de sesiones continuadas. Volvió a casa hacia las diez.

Metió la llave en la cerradura y nada más hacerlo comprendió que algo había cambiado. No era el timbre del teléfono que estaba sonando en ese momento. Era alguna otra cosa que tal vez no hubiera debido estar allí.

Empujó la puerta y entró. El golpe descendió sobre el mismo hombro en el que el día anterior le había golpeado el guardaespaldas de Crane.

Fue un golpe muy violento, que le dobló las rodillas.

Evidentemente había estado destinado a su cabeza, pero falló por muy poco.

Se dejó caer de rodillas, haciendo girar el cuerpo al mismo tiempo, para evitar el golpe siguiente.

Una patada lo alcanzó en las costillas. Una oleada de dolor le subió hasta el cuello.

Dio un salto hacia delante, y algo golpeó en el suelo, detrás de él.

La oscuridad era casi completa. Solo un leve resplandor amarillento que entraba por la ventana disolvía en parte las tinieblas.

No llevaba la pistola y se maldijo por ello. Cogió la pequeña mesa con ambas manos y la tiró hacia la puerta. Un gruñido de dolor fue la respuesta.

Vio la figura que se le venía encima, y la recibió con un corto *uppercut*, dirigido a la mandíbula, pero la falta de luz le impidió dar donde quería. Notó bajo el puño aplastarse la tela de un traje.

Volvieron a golpearle, esta vez desde atrás. Había dos hombres en la habitación, entonces.

Solo hay una manera de luchar en la oscuridad, y contra dos hombres al mismo tiempo.

Movió los brazos como aspas, al par que daba patadas a uno y otro lado. Por lo menos dos de sus golpes hicieron carne.

Los tres hombres jadeaban. Uno de ellos golpeó a Ketchum con algo muy duro en la parte baja de la espalda, en plena rabadilla. Ese golpe es muy doloroso, capaz de quebrar a un hombre fuerte. Ketchum vio rojo.

Volvió a golpear con el pie, y vio a la escasísima luz que llegaba desde la puerta abierta aún, cómo una figura corría. Cuando se lanzaba tras de ella, algo le golpeó en la cabeza. Un chisporroteo de fuegos artificiales estalló dentro de su cerebro. Aún tuvo tiempo de oír voces lejanas que chillaban. Luego perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VI

RECOBRÓ el sentido sintiendo que algo frío le empapaba la cara. Abrió los ojos. Le dolía la nuca, pero no demasiado. En la academia de policía ya le habían hecho notar que de algún antepasado báltico había heredado un cráneo de oso.

Un hombre estaba sobre él, con un jarro de agua que vertía indistintamente en su cara y ropas. Tras de él, dos mujeres, una de ellas muy joven.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó el hombre.

Era su vecino de piso y las mujeres su esposa e hija.

—Sí, gracias.

—Oímos ruido, salimos y vimos a esos tipos corriendo. Entramos y... lo vimos a usted. No sabíamos qué hacer. Por eso llamamos a la policía. Ya debe estar a punto de llegar.

—Gracias. Hizo lo que debía.

—¿Eran... ladrones?

—No lo sé. Solo que me golpearon. Muchas gracias. Ya me encuentro bien.

No era enteramente verdad, pero quería quitárselos de encima. Lo logró, tras asegurarles que todo estaba en regla.

Los patrulleros llegaron dos minutos después. Uno de ellos lo conocía.

—Teniente —dijo—. ¿Qué diablos...?

—No soy teniente ya. He presentado la baja —respondió Ketchum.

—Bueno, algo oímos, pero cuando nos dieron sus señas no sabíamos que eran las suyas, por supuesto. Teniente... lo siento,

pero tendrá que contamos lo que pasó.

Ketchum lo hizo en pocas palabras. El patrullero tomó nota y se guardó la libreta.

—Bueno, teniente, es la primera vez que me ocurre esto con un oficial de la policía... aunque sea un ex oficial. ¿Qué hacemos?

—Cursen el informe, muchachos. No se puede hacer otra cosa.

—Lo haremos. ¿No quiere que lo vea un médico?

—No, gracias. Estoy bien, de veras. Cursen el informe y olvídense del asunto.

—¿No será alguna venganza de algún maleante, ahora que quizá sepan que ya no pertenece al cuerpo?

—Es muy posible. No los vi. Estaba todo muy oscuro.

Se marcharon después de preguntarle si quería que se quedase algún patrullero en las cercanías. Les dijo que no y por fin se vio libre de ellos.

Eso le recordó el teléfono. Había estado sonando cuando llegó a la casa. Llamó a Rosamond, pero ella no había sido. No le dijo nada del asalto.

Se puso unas compresas de agua con hielo en la nuca, mientras examinaba la cerradura. No había sido forzada. Quienquiera que fuese había entrado con una ganzúa o con una llave. Nadie, excepto el conserje del edificio tenía otra llave.

En ese momento sonó el teléfono. Lo cogió. Hubo un silencio, hasta que él repitió dos veces que se identificaran. Luego, una voz ahogada dijo:

—¿Teniente Ketchum?

—Yo soy. ¿Quién?

La voz se aclaró ligeramente.

—Soy Ulla Rapek. ¿Podría usted venir a mi casa? Es... urgente.

—Puedo, si realmente tiene algo que decirme. No quiero que me vuelvan a dar con la puerta en la nariz.

—Por favor, venga. Estoy sola. Ya le digo que es urgente.

—Está bien. ¿Ahora?

—Sí, por favor.

—Estaré ahí dentro de una hora.

Colgó. Dudó un momento y luego cogió la pistola y se la colgó de un arnés bajo el sobaco izquierdo. Bajó y cogió el coche.

Tardó casi hora y cuarto. La calle en que estaba el chalet

aparecía poco iluminada. Metió la mano en el sobaco y empujó la puerta del jardín. Entró.

—¿Miss Rapek?

Silencio.

Sintió que se le erizaban los pelos en el cogote. Aquello no le gustaba nada en absoluto.

La casa estaba a oscuras, pero había una luz en la parte trasera, donde se hallaba la piscina.

Dio la vuelta a la casa y llegó hasta la pileta, rodeada de su borde de cemento. Un arco voltaico la iluminaba casi como si fuera de día.

—¿Miss Rapek?

Las aguas brillaban a la luz del arco, con reflejos plateados. Se aproximó al borde y entonces la vio.

Estaba en la parte más profunda de la piscina, casi entre dos aguas. Yacía boca abajo y desde el primer momento supo que estaba muerta. La postura, con los brazos extendidos por delante de la cabeza, el pelo rubio flotando como un manojo de algas... todo.

Estaba completamente desnuda... y muerta.

No la tocó, ni intentó cogerla. Dio la vuelta sobre sí mismo y se dirigió hacia la casa. La puerta que comunicaba la piscina con el interior estaba abierta. Al caminar, tuvo que apartarse para no pisar los lentes oscuros y el albornoz de la muchacha.

Entró. Un corto pasillo, y luego una habitación-sala. Encendió la luz y buscó a su alrededor.

Se volvió bruscamente, a tiempo de parar el golpe. En ese momento se apagaron de nuevo las luces. Aún tuvo tiempo de pensar que las situaciones se estaban repitiendo aquella noche como en las malas comedias francesas, cuando el golpe le dio en la parte lateral de la cabeza.

Pese al intenso dolor, pudo conectar un puñetazo sobre algo blando, y luego, de nuevo, la cabeza le estalló.

Recobró el conocimiento en el momento en que algo frío se apoderaba de su cuerpo. Fueron la sensación de caída y el frío lo que le revivieron, pero estaba casi completamente atontado aún.

Estaba en la piscina, y algo se apoyaba contra su cabeza.

Logró tomar aire y se sumergió. Luego, sintiendo los músculos flojos como si fueran de lana, consiguió llegar al otro lado de la

piscina.

La luz se había apagado. Cuando intentaba auparse para salir, el ruido de pies que se alejaban rápidamente llegó a sus oídos. Pero por el momento estaba demasiado ocupado tratando de salir.

Cuando lo consiguió, permaneció casi diez minutos jadeando, esperando que el lancinante dolor le desapareciera de la nuca.

Luego, echó a andar, chorreando agua por sus ropas hasta alcanzar la puerta de entrada. Miró a ambos lados y no vio a nadie. Pasaban grupos de coches por la carretera principal, pero ninguno por aquella travesía.

Había una cabina telefónica un poco más allá. La alcanzó y marcó un número que le era bien conocido.

—Chuck, ¿está por ahí el sargento Pedersen?

—¡Teniente! No, se marchó ya a casa.

—Envíen gente a la calle Isleton. Que vengan cuanto antes. Hay un muerto en el número cincuenta y dos. Dense prisa.

—Entendido, teniente.

Encendió un cigarrillo y volvió hacia la casa. Sentía deseos de vomitar, pero se contuvo con un esfuerzo. Una ira sorda lo invadía. Haber sido golpeado por dos veces, cogido de sorpresa, era algo que pocas veces le había ocurrido.

Los coches llegaron menos de diez minutos después. Primero fueron los patrulleros y luego los coches cargados de técnicos. Un momento después comenzó la noria de actividades policíacas.

El teniente que mandaba a los agentes era un antiguo conocido de Ketchum.

—¿Quieres que te vea un médico? —preguntó a Blake.

—No creo que sea necesario. Nada que no se pase con un par de aspirinas.

—¿Cómo diablos estabas aquí? ¿Viste a quién te golpeó?

—No. Y estaba aquí porque sea mujer me llamó a mi casa.

—Ya. —Hubo un silencio—. ¿Tienes alguna idea de por qué lo hizo?

Ketchum sabía perfectamente que su compañero tenía que cumplir con su deber. Le contó lo más parcamente posible lo que había ocurrido, mientras el otro tomaba notas. Cuando terminó, uno de los patrulleros se acercó a ellos.

—Llama el comisionado, teniente.

El encargado de la investigación fue hacia el auto. Volvió al cabo de un momento.

—Blake, el comisionado quiere hablar contigo. Le he dicho parte de lo que me contaste.

Blake fue hacia el coche, mientras el médico comenzaba el examen del cadáver.

—¿Sí? —preguntó por el teléfono del coche.

—¿Ketchum? ¿Puede decirme lo que hacía usted ahí?

—Ya se lo ha dicho Venner. Vine porque ella me llamó.

—¿Sabía ella que usted ya no pertenecía al cuerpo de policía?

—Lo sabía perfectamente. No llamó al teniente de policía, sino a Blake Ketchum. ¿Eso es todo?

—Mire, Ketchum, he tratado de comunicar con usted...

—No lo ha hecho. Se ha limitado a enviarme avisos.

—De todas formas quiero hablar con usted.

—Puede hacerlo, aquí o en mi casa.

—Ketchum, usted no puede tomar las cosas así.

—¿Ah, no? Yo creo que sí.

—Ketchum, tampoco puede ir por ahí haciendo investigaciones que no le conciernen en absoluto.

La voz sonaba irritada.

—El particular Blake Ketchum puede hacer lo que le parezca. O lo que considere preciso. Eso es todo.

—¡No corte! Quiero hablar con usted. Yo... lo llamaré por teléfono.

—Hágalo.

Colgó. Volvió a la sala. El teniente Venner lo esperaba.

—Parece que tiene un fuerte golpe en la cabeza —dijo este—. Pudiera habérselo dado al tirarse a la piscina.

El doctor se acercó.

—Lo sabremos cuando le haga la autopsia —dijo—. Si tiene o no agua en los pulmones, eso marcará la diferencia.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Venner? —preguntó Ketchum—. Soy un sospechoso.

—Hombre... todos hemos oído algo de lo que te ocurrió con el comisionado. No creo que debas hacerme eso. Si hay algo nuevo, podremos hablar contigo, supongo.

—Por supuesto. Puedo decirte una hora. Si fue ella la que

llamó...

—¿No estás seguro?

—No lo estoy. Pudo ser ella y pudo no ser. Pero si fue ella, puedo decirte que murió exactamente entre las once y las once y media. Fue el tiempo que tardé en llegar aquí desde que me llamaron por teléfono.

—¿Y la negra? —preguntó Venner.

—No tengo ni la menor idea de dónde vive.

Un patrullero acudió corriendo.

—Llaman al teléfono. Es un tal Grantland y quiere hablar con el fiambre.

—Yo me pondré —dijo Venner lanzando una mirada a Ketchum. Fue al teléfono. Blake lo siguió.

—¿Diga? No, me llamo Venner y soy teniente de la policía. ¿Usted quiere hablar con miss Ulla Rapek? Lo siento, es imposible, pero nos gustaría hablar con usted. No, no puedo decírselo por teléfono. Lo siento. Es lo único que puedo hacer por usted.

Colgó. Se volvió a Blake.

—No quiere venir. Insiste en saber lo que pasa.

—Seguramente a estas horas estará hablando con su amigo el gobernador. Al menos es lo que hizo conmigo. Eso no quiere decir que te vaya a ocurrir a ti lo mismo, Venner, pero ándate con cuidado. Ese tipo es dinamita pura.

—Lo haré. ¿Qué vas a hacer tú?

—Me marchó. No creo que pueda hacer nada por aquí.

—Si quieres quedarte...

—Te podría costar algún disgusto con el comisionado. Prefiero que si puedes y no te importa, me tengas al tanto de lo que encontréis. Pero recuerda: había un tipo aquí cuando yo llegué. Estos golpes no me los he producido yo.

Echó una rápida ojeada a la piscina. En ese momento, dos policías procedían a tapar con una manta el cuerpo de la muchacha. Fue entonces cuando Ketchum recordó que había estado completamente vestido en la piscina.

Tema prisa por llegar a su casa y cambiarse las mojadas ropas. ¿Qué diablos habría querido aquel tipo al tirarlo a la piscina? ¿Creía que estaba demasiado atontado como para salir?

Llegó a su casa y se mudó. Antes de entrar lo había hecho con

precaución y ahora puso una silla tras de la puerta. No quería que alguien «con una llave» pudiera entrar.

Había tomado el baño cuando llamaron al teléfono. Era Venner.

—Te llamo sin que lo sepa el comisionado, Blake. Ese Grantland estuvo aquí, acompañado de un abogado y de alguno de sus secretarios. Pareció muy afectado. Y el comisionado ha llamado varias veces para enterarse de cómo iba el asunto.

—Gracias, Venner.

Cuando colgó, llamó a Rosamond a su casa. La muchacha lo cogió inmediatamente.

—Acaban de dar la noticia por la televisión —dijo—. ¿Lo sabes?

—Estuve en el epicentro.

Se lo contó en pocas palabras. Asimismo, el asalto que había sufrido en casa.

—Voy para allá —dijo ella.

—Bueno, no podría pedir nada mejor, pero... tú tienes que trabajar mañana y...

—Que se vaya al cuerno el trabajo. Espérame. No te duermas... a no ser que sientas deseos irresistibles de hacerlo.

—Te esperaré.

La muchacha llegó enseguida. Le miró la cabeza y le aplicó compresas de antiflogístico.

—Tienes un par de chichones de tamaño natural. Menos mal que tu cabeza debe ser de un tipo de Neanderthal.

Cuando acabó, le sirvió en la cama un whisky con leche.

—¿Quién, cariño?

—Lo ignoro.

—¿No podrían ser...? Bueno, eso tiene todo el aspecto de ser obra de maleantes, cariño. ¿No serían... ese Dodge y sus muchachos?

—No lo creo. No tenían ningún motivo, al menos... No, cariño. No son ellos.

CAPÍTULO VII

EL timbre del teléfono los despertó. Ketchum se puso en pie y fue hacia el aparato.

—¿Teniente? —la voz del sargento Pedersen llegó claramente hasta él.

—Sí, hable.

—Bueno, hay varias cosas. Comenzaré por el encargo que me dio.

Estuvo hablando durante casi cinco minutos. Cuando acabó, Ketchum asintió.

—Entendido.

—El comisionado ha recibido una denuncia. Contra usted, teniente.

—¿De Grantland?

—El mismo. Adivine.

—Me quiere acusar de la muerte de esa chica.

—Acertó el pleno. ¿Qué va a hacer?

—¿Qué ha hecho el comisionado?

—Pasar la denuncia al teniente Venner. Como si dijéramos, lavarse las manos.

—Me lo figuraba. Gracias, Pedersen.

—A mandar, teniente. Oiga, supongo que usted no ultimó a la chica, ¿no?

—Váyase al diablo.

—Sea usted o no, teniente, creo que ha sido una pena. Hasta los mismos encargados de la Morgue, que no se distinguen por sus bondadosos sentimientos, dicen que matar chicas como esa es un

delito. No abundan los cuerpos como el de ella.

Ketchum colgó. Luego llamó a la seccional de Venner.

Este mismo se puso al aparato.

—¿Ketchum? Me alegro que llames. Tengo algo para ti.

Ketchum se dejó contar la historia. Luego dijo:

—¿Qué piensas hacer?

—Pedirte que no te muevas de la ciudad. No puedo hacer otra cosa. La denuncia de un simple particular no puede influir en las investigaciones.

—¿Habéis encontrado algo?

—Tus huellas dactilares en los lugares que dijiste. Es de suponer que haya pisadas húmedas, pero el calor las borró. De todas maneras, están investigando. Por cierto, ha llegado el informe de unos patrulleros con las noticias de tu asalto en casa. Estamos buscando.

—¿Puedo hacer un corto viaje?

—Lo siento, muchacho, no debes pedirme eso. No quiero parecer ordenancista, pero... no me pidas eso.

—Entendido. Gracias, Venner.

Colgó. La muchacha dijo:

—¿Qué buscabas en el archivo del Post, Blake?

—Te lo diré a su debido tiempo.

—Sea lo que sea, ¿lo encontraste?

—Creo que sí.

Estaba ya marcando y pidiendo larga distancia. Un número de San Luis. Missouri. Poco después le llegó la voz de Enriqueta Crane.

—¿Señora Crane? Soy Ketchum.

—¿Cómo está?

—Ligeramente averiado, pero es otro asunto. No puedo salir de Los Ángeles, pero me gustaría hablar con su marido.

—Él no está en casa, pero puede llamarle a su oficina.

—La cosa es urgente.

—Ketchum, ¿necesita a mi marido?

—Digamos que sí, lo necesitaría.

—¿Está usted en su casa? ¿Puede darme el número de teléfono?

—Sí —se lo dio.

—Espere allí. Él lo llamará dentro de un momento.

—¿Han leído ustedes los periódicos o han visto la televisión?

—Sí. Las dos cosas.

—Me alegro. Gracias, señora Crane.

Colgó. No habían pasado veinte minutos cuando el teléfono sonó. Esta vez era Crane.

—Ketchum, me dice mi mujer que quiere hablarme, pero que no puede salir de L. A. Bueno, no hace falta que lo haga. Yo mismo me voy a entrevistar con usted allí, pero... voy a procurar que nadie lo sepa. ¿Dónde podemos vernos?

—¿Esta noche?

—Sí, si puede llegar. Puedo llegar antes, en un vuelo particular. Si usted puede entrevistarse conmigo esta tarde a las seis, digamos.

—Sí. Escuche: en la carretera de Santa Bárbara hay un motel. Podemos vernos allí. Es el Costa Dorada.

—Conforme.

Colgó. Ketchum lanzó un suspiro.

—Si alguien me dijese que iba a estar tratando con un pandillero del calibre de Dodge, solamente hace cuatro días, lo hubiera enviado al infierno.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Lo que no sepas no te dañará, cariño. Lo siento, ya te enterarás más tarde.

—Bueno, pero que conste que aún soy periodista. ¿No podrías darle al Post la exclusiva?

—Si para entonces yo no soy aún policía, te doy mi palabra de que lo haré.

—El Post paga bien. Una cosa así te convertiría casi en un hombre rico.

Ketchum sonrió.

—Lo pensaré.

Hubo un silencio.

—Cariño, ¿tú podrías conseguir una entrevista con Letty Van Rosen?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Estás en tu juicio? Ella solo concede entrevistas a los directores de los diarios o de las agencias. No a un simple fotógrafo.

—Comprendo.

Buscó en la guía. En efecto, el teléfono de mistress Van Rosen venía en ella, pero cuando llamó, su pedido pasó a través de varias

voces que le preguntaban lo que quería. Por último, una, más autoritaria, se identificó como la de la secretaria particular de la señora Van Rosen.

—Lo siento, si no me dice el objeto de su visita, la señora Van Rosen no podrá atenderlo. Y aun en la primera de las premisas, no le aseguro nada.

—Dígale, por favor, que Blake Ketchum quiere entrevistarse con ella.

—Dígame, por favor, el objeto de su petición.

—Se trata de míster Grantland.

Hubo un ligero silencio al otro lado.

—Espere usted un momento.

Fue poco tiempo. La misma voz anunció que mistress Van Rosen no tenía interés alguno en entrevistarse con míster Ketchum.

—Conforme —respondió Blake—. Dígale entonces que algo muy importante relacionado con míster Grantland y que pensaba comunicarle, tendré mucho gusto en hacerlo a otras personas.

Colgó. Rosamond lo miraba como si estuviera viendo un fantasma.

—¡Blake! ¿Sabes en qué clase de avispero estás metiendo las manos?

—No muy bien.

—«Esa» te aplastará. Por Dios, ahora es cuando creo que te has vuelto loco de remate.

—¿Quieres apostar algo a que recibo una llamada suya antes de, digamos, veinticuatro horas?

Ella movió la cabeza.

—Si lo hace, me adscribiré a los Adventistas del Último Día, o a los adoradores de la Gran Presencia. Lo mismo me da.

Miró el reloj.

—Y ahora, tengo que marcharme.

Aquella tarde, a las seis, Ketchum estaba en el motel Costa Dorada, en la carretera de Santa Bárbara. Se había cerciorado bien de que nadie lo seguía. Alquiló una de las cabinas y esperó.

No mucho. Desde la ventana vio cómo dos coches oscuros se detenían ante la puerta, y del primero bajaban dos hombres. Los dos llevaban lentes negros, y vestían de oscuro.

Entraron en el bar. Ketchum abandonó la cabina y los siguió. En

el bar se colocó junto al primero de los dos hombres, y pidió un whisky. Ni se miraron. Lo único que hizo, al alejarse el barman para servir la consumición, fue decir: «Cabina 2-3». Luego, volvió a su cuarto.

No habían pasado cinco minutos, cuando llamaron a la puerta. Abrió. Dodge estaba en el umbral.

—Hola, Ketchum. ¿Cómo le va, amigo?

—Bien.

Cerró. Luego le indicó al otro una silla. Él se sentó en el borde de la cama.

—¿Y bien, Ketchum? ¿Qué ocurre?

Ketchum se lo contó. Dodge no pronunció palabra hasta que acabó su relato.

—Comprendo —dijo el pandillero cerrando los ojos—. Comprendo. Bien, Ketchum, nosotros también hemos comenzado a movernos.

—¿Qué quiere decir?

Dodge meditó un momento.

—Mi mujer estaba muy intranquila por la suerte de Enrico. Así que hemos decidido proteger al muchacho mientras se aclara todo este maldito asunto.

—¿«Protegerlo», Dodge?

El otro sonrió mostrando sus blancos dientes.

—A mi manera, claro.

Hizo una pausa, plena de significado.

—El niño no se moverá de Seattle. Nadie podrá sacarlo de allí. De eso se encargarán los muchachos.

—Me alegro —dijo Ketchum—. Pero no lo he llamado solamente para decirle que me han pegado o para hablarle del chico.

Hizo una pausa. Lo suficientemente larga como para que Dodge Crane lo mirase impaciente.

—Creo que sé lo que Enriqueta tiene contra su ex marido.

—¿Sí, Ketchum?

—Creo que sí. Se refiere a la muerte de la primera mujer de Grantland. Murió, como todo el mundo sabe, de un ataque al corazón. No lo tenía muy fuerte.

—Sí, eso lo sabe todo el mundo, Ketchum.

—Lo que todo el mundo puede que no sepa es que

probablemente Grantland tuvo algo que ver con ello, ¿verdad? ¿Es eso, Crane?

—Ni idea.

Mentía. Pero Ketchum no estaba en situación de insistir.

—Tomó demasiada coramina, sin duda para prevenir un ataque. Eso es lo que dijeron los periódicos y lo que consta en la información médica que se facilitó a la policía. Opino que alguien le debió facilitar la coramina... a pesar de la pobre mujer, y en mayor cantidad de la precisa.

—Ni idea, Ketchum. Usted comprenderá que mi mujer no iba a reservar una prueba si es que la tenía.

—Lo que usted diga, Crane.

Aquello parecía un asalto caballeresco de delicadezas. Dodge se puso en pie.

—Ketchum, las cosas están poniéndose muy calientes para todos. Usted y yo estamos en el mismo bando. Verá, quiero bastante a la nena y como no tuvimos hijos, porque... bueno, porque no los tuvimos, ni creo que podamos tenerlos, yo hubiera estado muy a gusto con el chico y a él no le hubiera faltado nada a mi lado. No pudo ser, bueno, pues no pudo ser, pero no voy a permitir que a la nena le hagan sufrir. Y como usted y yo estamos en la misma cazuela, vamos a ver si lo arreglamos entre ambos.

—Bueno, no me parece mal en principio. Siga, Crane.

—Mire, he traído algunos de los muchachos. No se preocupe, no le molestarán para nada, pero... para algo servirán, digo yo. Tienen órdenes estrictas de no hacerse visibles, pero... como le considero a usted y me cayó bien, no quiero que le ocurra nada.

Estaba divagando y sabía que lo hacía. Ketchum trató de abrirse paso entre aquella verborrea.

—Crane, usted no puede dar órdenes a plazo largo. Usted les ha encomendado una misión, ¿verdad?

—Pero, ¿de qué está usted hablando? Solo protegerlo, Ketchum.

—¿Qué órdenes, Crane?

Este se puso serio de pronto.

—Se lo harán saber, amigo. Se lo harán saber, pero solo en el momento oportuno.

—Espere un poco, Crane. No lo hagamos así. Déjeme que yo decida.

—¿El qué?

—Si han de moverse o no.

—Pero, amigo, mis muchachos no pueden obedecer más que mis órdenes. De lo contrario, la disciplina se iría al traste.

—Lo siento. O así, o de ninguna manera.

Crane suspiró.

—Es usted bastante obstinado, ¿no? Bien, uno de mis muchachos se mantendrá en contacto con usted. Pero las órdenes definitivas las daré yo.

—Eso... Bueno, podemos dejarlo así. Y gracias, Crane.

—De nada, hombre. Y usted, ya sabe: si se enterase por los periódicos o por alguna otra forma de que algo... de que algo ocurrió en cierto colegio, mantenga la boca cerrada. Yo quiero que al chico no le suceda nada.

—Lo haré, puede usted estar seguro.

Crane se dirigió a la puerta.

—Y ahora, nos vamos, Ketchum. Adiós, amigo.

Salió, cerrando la puerta. Desde la ventana, Blake vio cómo los dos automóviles partían de nuevo.

Estaba sonriendo torcidamente. Aliado a un *gangster*, ocultando hechos que si no se habían producido, se producirían quizá en pocas horas... Bueno, no se podía decir que estuviera perdiendo el tiempo.

Volvió a Los Ángeles. Al llegar ante la puerta de su casa vio que había un auto de la policía parado junto al cordón.

Dentro estaban Venner y el sargento Pedersen. Este lo miró como disculpándose.

—Blake —dijo Venner—, ¿puedes decirme dónde has estado?

—Dando un paseo. Eso no lo tenía prohibido, ¿no?

Venner lo miró con reproche. Era un buen muchacho y buen amigo.

—Estuviste a punto de provocarme un disgusto. El comisionado...

—Bueno, ¿dónde entro yo ahí?

—En ninguna parte. Pero el comisionado quiere verte. Y me ha dicho que te lleve a él.

—Pues, ¿a qué esperamos?

El comisionado los recibió en su despacho. Venner se eclipsó. El gran hombre se quedó mirando a Ketchum.

—Escuche, me parece que ha llegado la hora de hablar claro. Usted no ha dejado de moverse con relación al asunto de la muerte de la mujer de Grantland.

—Y él se habrá quejado al gobernador, y el gobernador le habrá dicho a usted...

—Pare. Ketchum, he pensado en romper la carta que me dirigió.

Ketchum le lanzó una aguda mirada. El hombre estaba asustado, de eso no cabía duda alguna.

—Míster Comber, ¿me está tratando de dar a entender que me repondría en mi cargo?

—Sí, eso mismo.

—Y supongo que a cambio de olvidar que existió un asunto llamado «el crimen ritual» por los periódicos, ¿no?

—A cambio de que se ocupase de los asuntos de su departamento, como siempre hizo.

—Lo siento.

—¿No acepta?

—No, señor. Si aceptase sería para continuar investigando. Y si eso no le gusta a míster Grantland, ya sabe lo que puede hacer: colgarlo de la pared —añadió salvajemente.

—No se le pide que falte a su deber, sino que no remueva algo ya terminado.

—Que no meta las manos en el cubo de la basura, en suma. Lo siento. No.

El comisionado lanzó una ojeada a los papeles que tenía encima de la mesa.

—¿Sabe que puede ser considerado como sospechoso en el caso de la muerte de esa mujer, Ulla Rapek?

—Lo sé. Yo llegué allí poco después de que muriese. Probablemente asesinada. Y estuve a punto de serlo yo mismo. Y fui asaltado en mi casa por alguien que no quería evidentemente charlar amistosamente conmigo mientras tomábamos unas copas. Lo sé, y usted lo sabe. Y tiene pruebas de ello. Y quiero encontrar al bastardo que ha intentado matarme o a la mano que lo movió. ¿Lo encuentra muy antinatural, míster Comber?

—No he dicho eso, Ketchum. Usted está retorciendo las cosas. Y yo tengo un puesto y debo cumplir con mi obligación.

—Lo siento. No. No acepto. Si vuelvo a mi puesto continuaré

investigando y esta vez con hombres a mis órdenes. Oficialmente, mister Comber.

El comisionado hizo un gesto. Sus carrillos, ligeramente colgantes, se movieron.

—No crea que voy a estar continuamente persiguiéndolo para que acepte, Ketchum.

—No lo creo.

—En ese caso, ¿es su última palabra?

—Lo es. Mister Comber, solamente volvería a mi puesto con una condición: la de que no me pusieran trabas a la investigación. Creo que un departamento policíaco lo deben llevar los policías, no los políticos ni los contribuyentes ricos. Esa es mi idea y no me bajaré de ella.

—Está bien. Puede hacer lo que quiera, pero le prevengo que si interfiere la labor de la policía, podría verse en dificultades.

—Lo cual no le ocurrirá a Grantland, ¿verdad?

El otro no contestó. Ketchum salió del despacho.

Cuando entró en su coche, había anochecido ya. Cogió el volante y guio hacia su casa. Para su gran sorpresa, había un policía en la puerta.

Conocía al patrullero. Lo había visto algunas veces.

—¿Quién lo ha puesto aquí? —preguntó.

—El teniente Venner, señor. Me ha encargado que vigile porque le asaltaron a usted anoche.

—Gracias. Venga conmigo.

Se enfrentó al conserje del edificio.

—Alguien subió anoche a mi piso y entró en él —dijo—. Usted lo sabe. ¿Dónde guarda la llave maestra que usted debe conservar?

—Aquí, señor. Y conste que lo lamento mucho. La suya está aquí.

En un cajón tenía todas las llaves maestras.

—O sea, que el que entró pudo apoderarse de ella si usted dejó el mostrador un rato, ¿no?

—No ha ocurrido nunca hasta ahora, señor, pero sí, puede ser.

—Debieron sacar un molde —dijo Ketchum al patrullero— y volvieron a dejar la llave en su lugar. Gracias. No le culpo. No puede usted estar siempre al pie del trabajo, pero le aconsejo que las guarde bajo llave. ¿No vio a nadie?

—Espere —dijo el conserje—. Quería hablar con usted acerca de esto. Anteanoche un individuo me hizo varias preguntas acerca de los inquilinos. Me dijo que eran para una evaluación de opinión pública y que después vendrían los investigadores. Mientras hablábamos, alguien me llamó desde fuera. Cuando salí no encontré a nadie. El hombre continuaba aquí, pero...

—Descríbamelo.

—Pues, era alto y llevaba un traje castaño oscuro. Tenía... el pelo rubio y una marca en la frente, como si... como si le hubiese golpeado un animal con los cascos, ya sabe.

—Sí. Gracias.

Se despidió del patrullero y subió a su casa.

Apenas dentro, llamó por teléfono a Pedersen.

—Escuche, sargento, necesito algo de usted.

—Me matarán a disgustos entre usted, el teniente, el comisionado y mi mujer. Dígame, teniente.

—Mire en los ficheros. Hay algo que me ronda por la cabeza, pero no logro dar con ello. Busque a un individuo rubio, que tiene una señal en forma de herradura en la frente.

—¿En forma de herradura? No lo querrá también con pintas rosas y azules, teniente.

—Búsquelo y déjese de bromas, diablo.

Colgó. El teléfono llamó casi inmediatamente. Pensando que sería la muchacha, lo cogió. No lo era.

—¿Míster Ketchum?

—Sí. ¿Quién?

—Bueno, mi nombre no le diría nada, pero me envía un amigo suyo. Es un coche antiguo.

Cerró un momento los ojos. Dodge Crane.

—Conforme. ¿Qué hay?

—Oh, nada más que ponerme a sus órdenes, por si necesitase alguna cosa.

—Por el momento, no. ¿Dónde puedo llamarlo si ocurre?

—Pues... llame a este teléfono...

Le dio un número.

—Aquí habrá siempre alguien dispuesto para recoger un recado suyo, míster Ketchum. Adiós.

Colgó. Pero la Compañía Telefónica iba a tener aquella noche

trabajo con él. La siguiente llamada le entregó en bandeja la voz de Grantland, del propio Grantland en persona.

—¿Ketchum?

—Sí.

—Soy Grantland.

—¿Ha concertado antes una cita con mi secretaria, Grantland?

—Déjese de chistes. No se le ocurra hacer chistes. No los aguantaría. Quiero hablar con usted.

—Y yo no quiero hacerlo con usted, Grantland.

—Escuche, ha tratado usted de molestar a cierta persona, y no pienso soportarlo.

—Quéjese a su amigo el gobernador.

—Si vuelve a hacerlo recurriré a quien sea y llegaré hasta donde sea.

—¿Hasta atacarme personalmente, Grantland?

—No quiero repetirlo, Ketchum. Tiene usted que dejarme en paz o...

—Cuélguelo de la pared, Grantland.

—Le advierto que le pesará.

—¿Dónde estaba usted mientras alguien mataba a su querida, Grantland?

Una respiración jadeante.

—La policía ha investigado mis actos, maldito entrometido bastardo.

Lo había sacado de sus casillas.

—Y lo habrá encontrado limpio, ¿no?

—Ha encontrado lo que quería encontrar.

—¿Todo?

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Ya le dije que había estado hablando con su ex esposa, Enriqueta. Me dio recuerdos para usted. Me dijo que no conseguiría lo que usted quería, aunque no sé exactamente lo que quiso decir. ¿Usted sí, Grantland?

—Maldición, usted...

—¿De qué se trata, Grantland?

—Esa chantajista asquerosa...

—Ella dice de usted algunas cosas, Grantland. Dice que era...; bueno, no quiero repetir cosas raras. Y ahora, escuche...

Su voz se hizo dura, casi salvaje.

—Su hijo se salvó por un pelo de morir junto con su esposa. Y Enriqueta lo sabe. Porque se lo dije yo. ¿Comprende?

—Usted... No sabe lo que dice.

—No, ¿eh? Bien, vaya digiriéndolo. Y en cuanto a esa otra persona... Grantland, trataré de verla de nuevo. Quiero hablar con ella, aunque la rodeen cincuenta secretarias o quince presidentes de Consejo de administración. Y ahora, váyase al diablo.

Colgó. No estaba descontento, pero le pareció que había hablado demasiado.

O tal vez no.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, antes de salir a la calle, llamó por teléfono al hospital Psiquiátrico. Hasta que logró hablar con el director, hubo de pasar por otras varias personas, todas muy interesadas en enterarse de lo que quería.

—Quisiera —dijo al tener al director al otro lado del hilo— poder entrevistarme con Alakuf, uno de sus pacientes.

—Espere un poco. ¿Dice que se llama usted Ketchum?

—Así es, doctor.

Hubo un corto silencio. Luego el director:

—Lo siento, míster Ketchum. Me es imposible acceder a lo que pide. El enfermo no puede recibir visitas de ninguna clase.

—Lo comprendo. Dígame, doctor, ¿es peligroso actualmente?

—Por el momento, no. Escuche, ¿es usted de la policía? Me pareció oír su nombre relacionado con el juicio.

Ketchum no dijo más que una verdad a medias.

—Sí, me encargué de la investigación del caso.

—El enfermo parece solo peligroso cuando ha abusado de la droga. No es este el caso actualmente. ¿Responde eso a su pregunta?

—¿No puedo verlo, entonces?

—Lo siento, pero no admitimos visitas para él. Se encuentra en observación debido a los hechos ocurridos.

—Gracias, doctor.

Por ahí estaba la fuente cerrada. Aun en el caso de que hubiera logrado entrevistarse con Alakuf, probablemente no habría conseguido gran cosa, pero quería dejar todos los cabos atados.

Se dirigió a la seccional. Pedersen, en funciones de jefe provisional de la misma, se puso en pie al verlo.

—Teniente, usted no me aprecia. Si lo ven por aquí acabarán por pensar que yo también quiero dimitir y...

Lo hizo pasar al despacho. Su semblante se puso serio.

—«Cabeza Dura» Costigan, teniente. Ese es el hombre que me pidió. ¿Por qué lo busca?

—Fue el tipo que me asaltó en mi casa.

—No me diga.

—¿Por dónde anda ahora?

—No lo sé. Ha desaparecido de la circulación, en sus cazaderos habituales. Me he cerciorado de ello. ¿Lo buscamos?

—No hace falta, sargento. No por el momento, al menos. Ya le haré saber si lo necesito o no. Espero no causarle molestias.

—Oh, no. Ahora, en serio, el comisionado, al parecer, y siempre según fuentes generalmente bien informadas, está ansioso de que usted vuelva. Tan deseoso que no me extrañaría que me permitiese dejarle sentarse a usted en esta silla y darme órdenes. Algunas, por lo menos.

—No pienso hacerlo.

—Escuche, teniente, hay otra cosa. Si usted fue atacado por «Cabeza Dura» Costigan, y cree que fue él mismo que también lo tiró a una piscina, ¿no podría ser el mismo que mató a Ulla Rapek?

Pedersen no era tonto. Ketchum temía que llegase este momento.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—Muy sencillo, y usted lo sabe. Puede ser el asesino y entonces tenemos que buscarlo.

—Sargento, esto lo sabemos usted y yo solamente. ¿Podría guardarme el secreto durante unas horas?

—Si alguien se enterase me crucificarían, teniente.

—Yo no lo voy a decir a nadie. Pero si cojo yo a Costigan, se lo entregaré a usted para que se alce con la gloria.

—No lo digo por eso, teniente. Sé que más pronto o más tarde usted volverá a la policía. Lo que quiero es que no descubra que habló conmigo acerca de Costigan.

—Lo haré. ¿Cuáles son sus lugares habituales?

El sargento le dio dos direcciones rápidamente. Luego alzó los

brazos al cielo.

—No lo olvide. Yo no sé nada.

Ketchum salió de la seccional. Subió a su coche y enderezó hacia North LaBrea. Torció rápidamente al llegar a la altura de la Cámara de Comercio y penetró en una calle que llevaba hasta Deeming.

Hacia el centro de la calle estaba la bolera de Kuzman. A aquella hora estaba vacía. Un hombre que leía un periódico le atendió a la entrada.

—¿Costigan? —preguntó—. No lo he visto hace algún tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó Ketchum secamente—. Vamos, no quiero perder el tiempo. Tengo que verlo.

—Yo qué sé. Hace algún tiempo que no lo veo por aquí. Vuelva a la noche. Tal vez venga, tal vez no.

Ketchum dio media vuelta y salió. Apenas había llegado a la calle, volvió sobre sus pasos. El hombre estaba telefoneando, en su aparato colgado de la pared.

Al oído de Blake llegaron las palabras «preguntando por ti. Es un tipo alto, moreno, que...».

Vio a Blake y colgó precipitadamente.

Ketchum le dio un golpe en la mano y lo arrinconó contra la pared.

—¿Dónde llamaba a Costigan? Vamos, hable, aprisa.

—Oiga, aparte las zarpas de mí...

Ketchum le dio una bofetada y la cabeza del hombre penduleó de un lado a otro.

—Hable. ¿Dónde lo llamaba? Si no lo hace voy a continuar pegándole hasta que le sangren los oídos. ¡Vamos!

—Espere, no puede hacerme esto y...

Nueva bofetada. Un revés aplicado fríamente sobre la oreja.

—¡No me pegue más! Lo llamo a una casa de Watts.

Le dijo la calle y el número. Aquello estaba al borde del barrio negro.

—Escuche, si lo llama por teléfono voy a volver y a sacarle todos los dientes de las encías, ¿me ha entendido? Por otra parte, si se entera de que lo ha delatado, él mismo se encargará de usted. Le conviene cerrar la boca, y yo no diré de dónde me viene la información.

Lo dejó. Tomó el coche y rodó hacia Watts. Cuando llegó a las

señas vio que correspondían a una casa de dos pisos, vieja y cuya pared se caía en costras.

En el piso bajo había una tienda de compraventa. Se metió en ella. El dueño, un tipo de aspecto judío, lo miró. Ketchum dijo:

—Policía.

El hombre no debía tener la conciencia completamente tranquila. Asintió.

—¿Dónde vive Costigan? Es un tipo con una señal en la frente.

—Arriba. Lo he visto varias veces.

Ketchum subió al primer piso. Había solo una puerta. Sacó la pistola del arnés y llamó.

De momento nadie respondió. Volvió a llamar. La puerta se abrió un par de pulgadas.

Ketchum apoyó el hombro brutalmente y puerta y hombre saltaron hacia dentro.

Había dos hombres en la habitación. Estaban en mangas de camisa y sobre una mesa había una jarra de agua, una botella de whisky y una pistola.

—Al primero que se mueva lo frío —dijo Ketchum.

Uno de los hombres, el más alto, tenía en la frente una señal parecida a la que deja una pequeña herradura. Costigan, en persona.

Los dos habían levantado los brazos. Ketchum cogió la pistola de sobre la mesa y se la metió en el bolsillo. Luego se acercó a Costigan.

—Te, debo algo, cerdo —dijo.

Y le golpeó con el cañón de su arma en la mandíbula. Fue un golpe tan violento que Costigan cayó a tierra.

—No te muevas —dijo Ketchum al otro.

—No pensaba hacerlo. Oiga, no sé quién es usted, pero...

—Cállate. Échale agua a ese. De la jarra.

Obedeció. Costigan abrió los ojos, mirando a Ketchum de una manera asesina.

—Bien, vas a venir conmigo. Los dos. Pero antes... mataste a la mujer, a la Rapek, y me golpeaste en mi casa. ¿Por orden de quién?

Costigan movió la cabeza.

—Yo no hice ninguna de esas cosas.

—El conserje de mi casa te describió. Habla. ¿Quién te envió a

hacer el sucio trabajito?

Los ojos de Costigan se estrecharon.

—No voy a reconocer nada. Usted no tiene prueba alguna...

Ketchum avanzó hacia él. Costigan retrocedió hasta la pared. Ketchum le dijo al otro que se colocara contra la pared, apoyado en ella por los pulgares. Obedeció.

—Vamos, habla o sigo golpeando. Y esta vez te daré en la boca. Te voy a echar abajo todos los dientes.

—Está bien, pero... Bueno, diablos, está bien. Fue un tipo. Me dijo que tenía que hacerle eso a usted. Pero yo no maté a la mujer.

—Estás mintiendo...

Ketchum lo pensó durante un momento.

—Puede que no fueras tú quien matase a la mujer. Bien, ¿quién era el hombre?

—Yo no lo conocía. Me habló de él «Ciempiés» Lusty. Me dijo que me pagaría bien y yo me entrevisté con él. No lo conozco. Un tipo joven. Me dijo que tenía que darle un susto a usted, ahora que ya no era policía.

—¿Cuánto te dio?

—Este... diez grandes me prometió. Me dio cinco a cuenta.

—Y los otros cinco cuando matases a la mujer, ¿no?

—Oiga, eso no fue asunto mío...

Estaba mintiendo. Ketchum no insistió.

—Describe al hombre.

—Pues... es alto, como usted o yo, poco más o menos. Joven, de unos treinta años.

—Más detalles o sigo.

—Lleva el pelo esculpido y...

—Sigue, he dicho.

—Tiene dos dientes de oro.

Había un teléfono, en la pared. Cuando Ketchum, sin perderlos de vista, se encaminaba hacia él, la puerta se abrió de pronto.

Ketchum apuntó inmediatamente hacia ella. Dos hombres estaban en el umbral y él conocía a ambos. Los había visto acompañando a Dodge hacía solamente dos días.

—Hola —dijo el primero de ellos—. ¿Encontró algo, Ketchum?

—¿Me han seguido? —preguntó Blake.

—Por supuesto. Queríamos hablar con usted, pero conduce

endiabladamente aprisa. ¿Quiénes son los pajaritos?

Blake Ketchum dejó el teléfono.

—Escuchen, ¿pueden conservar a estos tipos en alguna parte? He dicho «conservarlos». Fueron los que me atacaron y probablemente mataron a la Rapek.

—Oiga, ya le he dicho...

—¿Le hago callar? —preguntó el hombre de Dodge Crane.

—¿Por qué no? —replicó Blake con una sonrisa torcida—. Dele algo.

Dos golpes se abatieron al instante sobre la cara de Cabeza Dura. Cayó al suelo.

—Ketchum, tenemos algo que decirle. Alguien intentó sacar al chico de la señora Crane del colegio. Los muchachos lo impidieron, pero el tipo huyó, aunque tocado en un ala. Los muchachos vigilan. El jefe nos ha dicho que ya es hora de que alguien haga algo.

—Escuche, amigo, consérveme a estos tipos. Los vamos a necesitar después. Y... sí, los voy a necesitar y vamos a hacer algo. Por el infierno que sí lo vamos a hacer.

—Bueno, el patrón dijo que estuviéramos a sus órdenes, Ketchum.

—Primero tengo que averiguar una cosa; pero a mí me va a resultar muy difícil. Escuchen...

Les habló durante unos instantes. El hombre asintió.

—No creo que cueste mucho trabajo hacerlo. Podemos hacerlo hoy mismo, supongo.

—Háganlo. Yo tengo otra cosa que hacer.

—Y ahora, muchachos —dijo el hombre de Dodge—, nos vais a seguir sin comentarios. Vamos, fuera. Y si al llegar a la calle hacéis un solo movimiento, lo vais a lamentar enseguida. Fuera.

Ketchum esperó hasta que los otros salieron. Luego cogió el teléfono y llamó al Post. Consiguió que Rosamond se pusiera al aparato.

—Rosie, voy a estar fuera de la circulación algún tiempo. No mucho, pero lo necesario. Si alguien me llamase, dile que estoy enfermo. Me refiero a alguien de la policía.

—¿Y qué les digo? ¿Que estás enfermo... en mi cama?

—Arréglatelas como puedas, nena. Me es necesario. Yo te avisaré tan pronto como pueda.

—Me das unos encarguitos que no son precisamente ramos de flores. Bueno, veré lo que puedo hacer en tu favor.

—Gracias, nena. Te llamaré.

Colgó y salió a la calle. Fue directamente a su casa. Eran las once y media ya y sentía hambre. Mientras se preparaba un bocadillo, el teléfono sonó.

—¿Míster Ketchum? —una voz fría, impersonal, femenina.

—Sí. Hable.

—La señora Van Rosen desea hablar con usted.

—Dígale que se ponga al aparato.

—La señora Van Rosen desearía una entrevista privada con usted.

—Lo siento. Estoy muy ocupado. Pídale como un favor personal que me hable ya y por teléfono.

—Lo intentaré.

La siguiente voz era rica, flexible y denunciaba un buen colegio británico. Teniendo en cuenta que la menor de las Van Rosen debía pasar de los cuarenta y cinco años, decía mucho en su favor que no hubiera olvidado sus tiempos de escolar en Inglaterra. Girton, probablemente.

—Míster Ketchum, soy Leticia van Rosen. Desearía hablar con usted.

—¿Acerca de míster Grantland?

—Acerca de varias cosas. Pero preferiría no hacerlo por teléfono.

—Lo siento, señora Van Rosen. Estoy muy ocupado. Y lo que diga por teléfono será tan reservado como si lo hiciera personalmente.

Confiaba en que su voz sonase convincentemente.

—Creo que... Bien, estará bien así. ¿Qué quería decirme sobre míster Grantland?

Ketchum se lanzó a la piscina de cabeza:

—Señora Van Rosen, ese hombre es indigno. No, por favor, no me interrumpa. No me pregunte cómo sé que está relacionada con él, pero no es alguien cuya compañía ni cuya intimidad le convengan a una mujer como usted.

La voz sonó sin manifestar alteración alguna. Firme, armoniosa, no inamistosa.

—Míster Ketchum, tengo entendido que usted fue oficial de la

policía.

—Sí, señora.

—No me gustar alardear, es algo que me molesta extraordinariamente, pero creo que puedo defenderme si me atacan. Me refiero a que si usted no tiene pruebas de lo que dice, podríamos vemos en dificultades.

—Señora Van Rosen, no me hubiera usted llamado si no fuese porque en cierto modo comparte mi punto de vista —lanzó Ketchum. Era, simplemente, colocarse una navaja barbera al cuello y meterse en una puerta giratoria.

—¿Usted cree?

—Sí, señora. Tengo sospechas vehementes de que Grantland está relacionado con el asesinato de su tercera mujer, y hay alguien que tiene pruebas de que lo estuvo en el de su primera esposa. ¿Le basta?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Supongo que usted sabe lo que hace.

—Creo que sí, señora Van Rosen; y nada me gustaría tanto como discutirlo con usted, pero no quiero que su nombre salga a relucir para nada. No tengo especial afecto a las personas que hacen uso de sus millones, pero usted no está en ese caso.

«Sí —pensó—, tras de la amenaza, la adulación. Bueno, Blake, apenas te reconozco.»

—Gracias, míster Ketchum —dijo la voz—. Procuraré mantenerme apartada de esa persona... mientras se resuelven las cosas.

Así, tranquilamente. Estaba dejando caer a Grantland como si le quemase los dedos. Ketchum respiró aliviado.

—Gracias, señora Van Rosen. Cuando se arreglen las cosas me gustaría explicarle algunos puntos.

—Yo se lo agradecería, señor Ketchum.

Clic.

Ketchum colgó a su vez. Respiraba fuertemente. Por lo menos, sabía que no tenía que enfrentarse a una personalidad como la de la más pequeña de las Van Rosen, que a su vez arrastraba medio centenar de abogados y... un centenar de millones de dólares.

Se estaba imaginando la escena y sintió revolverse su interior. Aquellos individuos, dopados hasta las orejas, recorriendo

silenciosamente los campos con los cuchillos en las manos, hasta llegar a la casa, entrando en ella, tajeando a la negra, subiendo al dormitorio y precipitándose sobre una mujer dormida con el pesado sueño de los barbitúricos.

Y luego, enfrentándose con las consecuencias de su crimen, fríamente ya, ante un jurado y dos centenares de personas, las primeras páginas de los periódicos...

Terminó su bocado, se tomó un vaso de leche y permaneció un momento parado ante la ventana, pensando.

Miró su reloj. Ya eran las doce. No debería tardar en producirse algo.

Se produjo exactamente a las doce y veinte. El teléfono sonó.

—¿Ketchum?

Reconoció la voz.

—Sí, hable.

—El pajarito ha sido bastante cantor. No tenía más remedio, por otra parte.

—¿Confirmó lo que yo dije?

—Exactamente. Lo mismo. Y entonces, hemos hecho lo que usted pidió. Hay un tipo con esas características. Lo he tenido tan cerca de mí como usted lo estuvo hace un rato.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Por orden, ¿no? El tipo está muy cerca del otro, ¿sabe? Lo bastante cerca para hacerse cargo de faenitas como esa.

—Dígame su nombre.

—Se llama Student, y es uno de los ayudantes de dirección. Algo así como el que elige los comparsas y todo eso. Y el pajarito de la cara marcada ha sido extra en algunas películas.

—Comprendido. Así que Student, ¿eh?

—Sí. Joe Student es su nombre.

—Está bien, gracias. Y... otra cosa. Atiéndame bien, porque quizá se vea usted en dificultades con su patrón.

—No lo creo, Ketchum. Nos dio campo libre.

—Pues entonces, atienda...

Y durante casi cinco minutos estuvo hablando. El otro dijo con precaución, cuando acabó:

—Oiga, usted pide bastante, pero... creo que podremos conseguirselo.

Y colgó.

CAPÍTULO IX

LOS dos jóvenes estaban en un rincón del Cincuenta y Tres. Una luz rosada brotaba de la lámpara de la mesa. Ante sí, tenían la cena y dos Martini cada uno.

Rosamond cogió la mano de su compañero.

—Y ahora, ¿qué? ¿Me dirás por qué has cambiado de opinión y te has dejado ver en mi peligrosa compañía?

—Todavía no, nena.

—No me llames nena. Pareces un *gangster* de película. Tengo un nombre. Y tengo también cabeza. Y tú tienes algo dentro de la tuya y es lo que me gustaría averiguar.

—Lo siento, pero no puedo decírtelo. Todavía no. Te parecería tan... extraño que quizá no pudieras por menos de comentarlo con alguien. Y eso podría ser fatal para mí.

—¿No te pones muy melodramático, querido?

—No lo creo. Solo lo justo de melodramático.

Bebió uno de los Martini y apartó el filete.

—No tengo hambre. Quiero bailar contigo y abrazarte hasta hacerte daño. Todo eso quiero.

—Bueno, no parece mal programa, pero al menos déjame comer a mí. Yo sí tengo apetito.

Terminó mientras él acababa con los Martini. Luego, un camarero se acercó.

—¿Míster Ketchum?

—Yo, sí.

—Le llaman al teléfono.

El aparato estaba en un rincón, dentro de una cabina antirruido.

—¿Sí?

—¿Ketchum? Bien. Bien, todo. Hemos consultado con el jefe y dijo que sí a todo. ¿Podría usted salir de L. A.?

—Lo intentaré. ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—De acuerdo. Lo haré.

Volvió a la mesa. Rosamond lo contempló interrogante.

—Nada importante. Podemos irnos a bailar.

La joven movió la cabeza.

—Bueno, como quieras. Pero te voy a preguntar una cosa... ¿Hay peligro en el aire? Lo huelo, al menos.

—No lo creo. Y déjate de hacer preguntas, ¿quieres?

La joven obedeció. Cuando aquella noche se separaban ya casi a las dos de la madrugada, él le dijo:

—Recuerda lo que te pedí esta mañana. Te va a hacer falta mañana.

—Lo haré.

* * *

A la mañana siguiente, compró el periódico en el aeropuerto. La noticia estaba en una de las páginas interiores. Míster Grantland, el conocido productor cinematográfico, se había ausentado de su domicilio, después de una llamada telefónica a sus oficinas en las que decía que se veía obligado a salir de viaje.

Ketchum sonrió y seguía sonriendo cuando el avión llegó a San Luis.

Un automóvil negro, cerrado con cortinillas, le esperaba en el aeropuerto. Entró en él. El hombre de las gafas oscuras, del cual no sabía siquiera el nombre, estaba en él.

—Hola, Ketchum. ¿Qué tal se siente después de hacer una de estas cosas?

—Perfectamente, amigo. ¿Costó mucho trabajo?

—Oh, no. Simplemente, unas cuantas llamadas telefónicas cruzadas. «Míster Student, míster Grantland quiere verle en su domicilio ahora mismo». «Míster Grantland, necesito verle ahora mismo». Y los hechos comenzaron a producirse. Cuando llegamos nosotros a la casa, los dos pajaritos estaban insultándose y diciendo que a ninguno de los dos les gustaban las bromas pesadas. Entonces intervinimos nosotros para poner paz. Lo mejor era traerlos juntos.

El avión de míster Crane esperaba y no era cosa de hacerle esperar demasiado. Llamamos a la oficina y... volando.

—¿Están en casa de Dodge?

—Oh, no. Ahí no. Ahí podría verles cualquiera. El patrón no hace las cosas así. El patrón les ha enviado esta misma mañana a su casa de Granite, junto al lago Horseshoe. Un lugar tranquilo.

—¿Es allí a donde vamos?

—Ahora mismo. Míster Crane le espera a usted.

Atravesaron la ciudad y cruzaron el Mississipi por el puente MacKinley. Por Edwardville Road se aproximaron al lago.

Era un lugar extraordinariamente hermoso. Los pinos llegaban hasta la misma orilla del agua, clara y limpia. La casa de Crane estaba situada en la parte más amplia de la curva que da el nombre al lago.

Era un chalet blanco, con techo de tejas y estaba rodeado de un gran jardín. Había en su parte trasera un embarcadero en el que descansaban dos motoras.

Dodge Crane les recibió en la puerta de la casa. Estrechó la mano de Ketchum.

—Bien, gran hombre —dijo—. ¿Cómo se siente después de colocarse al margen de la ley?

Sonreía. Ketchum le devolvió la sonrisa.

—Yo, no, Crane. No hice más que indicar a sus hombres lo que podían hacer en lo que nosotros llamamos un «caso límite». Me alegro de que usted lo comprendiera.

—Por supuesto. Vamos a tomar algo.

—¿Dónde están?

—En el sótano. En el mejor lugar para estas cosas.

Enriqueta Crane apareció. Vestía un bolero que dejaba al descubierto su tostado vientre y pantalones cortos que mostraban igualmente sus muslos redondos.

—Hola, míster Ketchum.

Su marido le alargó un vaso.

—Bebe, nena. Y luego, esfúmate. Esto no es cosa de damas.

—Por el contrario, no pienso esfumarme, muchacho. Pienso asistir a la entrevista.

—Señora Crane —dijo Ketchum—. ¿Puede ahora decirme lo que usted posee y que su ex marido quería?

Ella le miró seriamente.

—Nada, míster Ketchum. La certidumbre, tan solo, de que mató a su primera mujer.

Ketchum parpadeó.

—Pero... usted dijo, y él creía que...

—Exacto. Él lo creía. Pero no tenía nada. Por eso no lo empleé, él creía que había encontrado una prueba, y eso bastaba para tenerlo en vilo. En realidad, no había nada. Pero todos sabemos que acabó con ella haciéndole tomar una gran cantidad de un medicamento: coramina.

—Comprendo —dijo Ketchum—. Comprendo. Y por eso él quería tener el niño. Le salvaguardaba de lo que usted pudiera hacer.

—Sí.

—Está bien. Cuando ustedes quieran.

Al sótano se bajaba desde el garaje. Era una habitación amplia, con el piso y las paredes de cemento, y en la que se guardaban aperos de pesca y trastos viejos.

Y allí estaban los cuatro. Grantland, despeinado, con el aspecto de una fiera enjaulada; otro hombre al que Ketchum recordaba del día en que se descubrió el cadáver de Mirabel Grantland, y que entonces estuvo junto al marido, y por fin los dos pistoleros, Cabeza Dura y su compañero.

Los cuatro estaban sujetos con finas cadenas a la pared. Era un detalle que hizo sonreír a Ketchum.

Junto a los prisioneros, había dos hombres de Dodge. Esperaban a pie firme, fumando cigarrillos.

—Hola, Grantland.

Ketchum se aproximó al secretario de dirección de este, Student.

—Así que tú fuiste quien dio órdenes a Costigan de pegarme, ¿no?

—Oiga, hay una equivocación en esto...

—¿Sí? ¿Costigan?

—Ese fue, teniente. No me van a colgar a mí todo. Me dio diez mil por el trabajo, pero que conste que solo queríamos trabajarlo a usted un poco.

—Y... matar a Ulla Rapek. ¿Quién lo hizo?

Hubo un silencio. Dodge Crane se frotó las manos.

—¿Comenzamos, Ketchum?

—Comenzamos.

—Muy bien. Grantland, cerdo, bastardo. Escriba una confesión.

—No pienso hacer nada de eso.

—Pues yo creo que sí. Muchachos, a ese.

Señalaba a Student. Los dos hombres de Dodge marcharon sobre él con porras de cuero en las manos.

—¿Sabes lo que te puede ocurrir cuando mis muchachos te hayan «trabajado» a ti? Pues que echarás sangre por la orina, y el corazón te latirá como si te hubieran metido dentro una locomotora y...

Student había palidecido bajo la fuerte luz de neón.

—Eso es lo que te ocurrirá. Pero si hablas, naturalmente... no habrá nada de eso.

Enriqueta se había aproximado a Grantland.

—¿Por qué no hablas ya, maldito perro? Has querido asesinar a Enrico, y eso no te lo voy a perdonar.

—Grantland —dijo Dodge—. Si escribe la confesión que queremos, irá usted a juicio. Si en el juicio la desmiente, mis hombres le buscarán donde quiera que se pueda meter y... le harán añicos, ¿comprende?

—Lo único que comprendo es que es usted un maleante y...

—Dadle, muchachos.

Las porras de goma se abatieron sobre Grantland.

—Y ahora usted Costigan.

—Él fue quien nos ordenó hacerlo —dijo Costigan tragando saliva penosamente—. No sé de otro. Sé que fue él quien nos ofreció los diez mil si le pegábamos a usted, teniente.

—¿Y quién mató a Ulla?

Costigan tragó saliva.

—Tam... también, teniente. Bueno, yo atravesaba una mala racha y diez mil me sacarían de apuros.

—¿Student?

Este parecía haber tomado una decisión.

—Grantland me dijo que tenía que librarle de ella. De lo contrario, no podría encontrar trabajo en el cine en la Costa.

—¿Y Mirabel Grantland? ¿Y la muchacha Opal?

Se inclinó sobre Student.

—¿Usted trató con Alakuf?

—Yo... Bueno, él me lo dijo. Conocía a Alakuf porque había trabajado en una película. Yo sabía lo que era, un visionario, un tipo...

—Y usted le dijo que tenía que matar a las dos mujeres.

Volvió a tragar saliva.

—No había otro remedio...

—¡Cállese, maldito! —gritó Grantland.

—Está bien, muchachos, dadle a ese.

—¡Dadle! —gritó Enriqueta.

Le dieron. Le pusieron en pie y comenzaron a pegarle en los riñones.

—No muy fuerte —dijo Dodge—. No quiero señales en la piel.

Sacó un papel del bolsillo y se lo enseñó a Grantland.

—Léalo, si es que puede, cerdo.

Grantland lo leyó. Alzó la mirada, enloquecido.

—Eso... eso es un asesinato.

—Lo siento. O esto, o lo otro.

—No quiero firmar nada...

Ketchum dijo:

—Crane, no puedo seguir aquí. Yo no he visto ni oído nada.

—Bueno, suba arriba con Enriqueta. Nos vamos a estar aquí hasta que estos tipos confiesen por escrito.

Ketchum cogió a la mujer del brazo y la arrastró casi hasta las escaleras.

Cuando llegaron arriba preparó dos whiskys bien cargados y le ofreció uno a Enriqueta. Ella lo bebió, sedienta.

—Gran Dios —dijo la mujer—. Pensar que estuve casada con ese asqueroso... Dodge es un tipo duro, no admite competencias, pero da la cara cuando es necesario y... bueno, y todo eso. Pero ese cerdo solapado, bastardo, queriendo matar a su propio hijo...

Se convulsionó y los sollozos la sacudieron. Ketchum le pasó una mano por la espalda. Ella se apoyó en su pecho y lloró, más tranquila.

—No sabe usted lo que he pasado, pensando que podía hacer matar a Enrico.

—Tranquilícese.

Le encendió un cigarrillo y fumaron en silencio durante un rato.

El tiempo fue deslizándose en aquella sala fresca, con la perspectiva del lago.

Hacia las doce, Dodge apareció. Llevaba la corbata ladeada y la chaqueta en la mano.

—Hola, nena. Hola, amigo.

—¿Lo consiguió?

—Por completo, amigo. Grantland ha confesado. Ahí lo tiene usted todo.

—Crane.

—¿Sí? —Crane estaba sirviéndose un vaso lleno de whisky.

—Crane, no podemos utilizar esa confesión.

—¿Que no? Usted bromea.

—No. Él nos delataría a todos. Pero podemos hacer una cosa mejor.

—No me lo diga. Déjeme pensar un momento.

Lo hizo, con el vaso a dos dedos de la boca.

—¿Guardarla, Ketchum?

—Exacto.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se vuelva a abrir el proceso. Ahora tenemos pruebas. Tenemos a esos tipos. Lo tenemos todo. Y Grantland está hundido. Y lo sabe. Mantendremos sobre él esa confesión hasta que yo convenza a mis jefes de que fue él. ¿No lo comprende?

—Pues, no muy bien.

—Es sencillo. Conservará usted a Costigan y al otro, a Student. Yo los encontraré en un lugar que convendremos previamente. Confesarán su crimen y Grantland se verá envuelto. Hay maneras de arreglarlo y las encontraré. Cuando usted le deje suelto, él no hablará, porque «no puede hacerlo» sin comprometerse, ¿comprende?

—Creo que sí. Se le irá envolviendo poco a poco, hasta que todo salga a la luz.

—Exacto. Por cierto, Grantland tiene que volver a Los Ángeles. Usted puede hacerlo.

—Puedo.

—Hágale creer que no le vamos a acusar. Hágale creer que lo único que queríamos era su confesión. Y suéltelo. Yo lo llevaré a la cámara de gas, Dodge.

—Conforme, amigo. Lo haremos así. Oiga, Ketchum... Por cierto, usted está sin trabajo. ¿No querría hacerlo para mí? Usted tiene ideas.

—Lo siento, Dodge. Ya una vez elegí un camino. No quiero apartarme de él.

—Como quiera. Espero que no se habrá ofendido.

—Por cierto que no, Crane. Ni lo piense.

—¿Qué va a hacer?

—Volver a Los Ángeles. Cuanto antes mejor.

—Bien. Yo soltaré a «ese» mañana mismo.

* * *

Aquella noche llegó a Los Ángeles de nuevo. Cuando estuvo en su casa, cogió el teléfono y llamó a Jefatura. Pidió que le pusieran con el comisionado. Este no se había marchado aún a casa.

—Ah, Ketchum. ¿Pensó lo que le dije, quizá?

—Lo pensé. Y usted, ¿sigue pensando lo mismo?

—Por supuesto —hubo un tono cauto en su voz—. ¿Es que quiere usted volver?

—Señor Comber, ¿mantiene, sí o no, sus proposiciones?

—Las mantengo.

—Y si yo mantengo las mías...

—No quiero hacer política, lo sabe usted bien. Quiero que el departamento funcione. No haga usted política y nos entenderemos.

—¿Caiga quien caiga?

—Caiga quien caiga... si es necesario que caiga alguien, por supuesto.

—Gracias. Mañana mismo estaré en su oficina para recoger la placa.

—Hágalo. Escuche, Ketchum, usted me conoce. Hagamos nuestro trabajo y todos encontraremos el camino.

—Gracias, míster Comber.

Cuando colgó, sonreía. Llamó inmediatamente a Rosamond.

—Vamos a vernos esta noche, nena. Tengo algo que contarte. Pero tenemos que hablar mucho, así que, ¿por qué no vernos en tu piso?

—Bueno... Hay que reconocer que tienes una cosa buena: no te andas por las ramas. Podré estar o no conforme contigo en muchas cosas, pero no cabe duda de que no hay engaños. De acuerdo,

guisaré un pollo al curry y sopa de mariscos.

—No sigas. No podría resistirlo.

* * *

Cuando acabó, ella apagó el cigarrillo. Tenían la ventana abierta, a catorce pisos sobre la ciudad. Allí corría un poco de aire en la noche caliginosa.

—¿Cuánto de eso podremos utilizar nosotros, Blake?

—Poco, por el momento. Pero prometo teneros al tanto para que os llevéis las primicias.

—Algo es algo. Me servirá para escalar puestos en el periódico.

Lo pensó durante un momento.

—Así que te quedas aquí, al fin y al cabo.

—No.

—¿No...?

Había auténtica sorpresa en el tono de la muchacha.

—No. Porque tan pronto como esté en mi puesto, voy a comenzar la caza de brujas. Y si piso algún callo, y pienso pisar unos cuantos, presentaré la dimisión, pero quedará detrás de mí un poco de aire más limpio.

Hizo una pausa.

—No un «crimen ritual», como lo llamasteis, sino simplemente el crimen, o los crímenes, de un tipo corrompido hasta la médula. Tan pronto como Grantland regrese, comenzaré a perseguirle. Y cuando quiera defenderse diciendo que le obligamos a confesar, saltará la chispa. No me importa.

Se puso en pie. Sus ojos brillaban.

—¡No me importa! Quiero aire puro y al menos que este caso no siga encenagándose. ¿Comprendes? Eso es lo que quiero. Le hundiré.

—Y te hundirás tú con él —dijo ella suavemente.

—No... Yo puedo buscar otro trabajo. Él, no. Maldición, es el tipo más repugnante que darse pueda en nuestra sociedad. El de que se aprovecha de su dinero, de su poderío, para mancharlo todo. Matrimonios, hijos, profesión, modo de vida... ¡Oh, maldición, no tengo por qué soltarte discursos a ti!

—No, por supuesto, sir Lancelot. Pero... te diré una cosa: me alegro de que lo hayas hecho. No sé cómo saldrás... cómo saldremos de esto, pero... me alegro.

Él se quedó parado.

—Gracias, Rosie.

—No hay que dar las gracias. Se trata de un convencimiento íntimo. Y ahora, por lo que más quieras, vamos a dejarlo. Tiempo habrá de recomenzar la lucha.

Ketchum la miró, como si no la viera. Luego, se sentó.

—Sí —dijo—. Recomiienza la lucha. Pero mañana. No esta noche, querida. ¿Quieres casarte conmigo?

—Otorgo —respondió Rosamond.

FIN

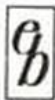


Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] “Viajes”: tomas de L.S.D. (N del E.)